

# Arqueología histórica en áreas urbanas en El Salvador: una práctica en contextos intensamente transformados

El presente artículo representa uno de pocos acercamientos tenidos hasta el momento en cuanto a la mejor comprensión del periodo de la República en El Salvador mediante estudios arqueológicos. En este apartado, el autor propone un periodo Republicano dividido en tres fases: República-federal, Republicano-temprano y Republicano-moderno. Estas fases se hacen presentes en contextos arqueológicos en áreas urbanas en este país. La arqueología practicada en edificios históricos en esta región siempre encontrará un vínculo con la historia de los terremotos y otros eventos naturales. De este modo, aquí se analiza el fenómeno natural como elemento detonante de transformación física de las urbes salvadoreñas a lo largo de los últimos dos siglos. Esta transformación física estará también condicionada al desarrollo económico, social y político de cada época. El presente trabajo toma como base algunos resultados obtenidos en actividades de rescate y salvamento arqueológico realizados en tres iglesias históricas de El Salvador durante la última década. Los resultados han permitido reconocer contextos y materiales arqueológicos que, al articularse con otros estudios, permiten establecer un marco teórico para el discernimiento de este periodo a través de la arqueología. Este apartado resume a su vez casi 15 años de experiencia en la práctica de la arqueología histórica llevadas a cabo en zonas urbanas de este país.

*Palabras clave:* arqueología, urbano, El Salvador, historia, terremotos, república.

| 157

**E**n El Salvador, la arquitectura, la modalidad constructiva y la traza urbana han visto cambios significativos en los últimos siglos, y mucho de su pasado urbano tangible ha desaparecido. El trabajo de los arqueólogos en áreas urbanas de este país encontrará diversidad de retos en cuanto a la interpretación de hallazgos o comprensión de contextos, sobre todo cuando éstos son dados en sectores intensamente transformados. De aquí viene la importancia de compartir la experiencia en la arqueología practicada en áreas urbanas en ese país, a manera de consolidar un marco teórico para la interpretación arqueológica en estos contextos.

Entre otros factores, los fenómenos naturales funcionan como detonantes para que esta transformación urbana ocurra. En El Salvador, tanto la arqueología histórica como

\* Universidad de British Columbia, Canadá.

la arqueología tradicional encontrarán una estrecha relación con la historia geológica de la región. Este pequeño país centroamericano se localiza en un área considerada geológicamente como una de las más activas en el mundo. Ubicado en el Cinturón de Fuego del Pacífico, El Salvador posee más de una treintena de volcanes, algunos aún activos. Sumado a lo anterior, se tienen movimientos telúricos a diario<sup>1</sup> y un promedio de grandes terremotos cada 15 o 20 años.<sup>2</sup> Por otro lado, su posición geográfica frente al Pacífico le expone constantemente a depresiones tropicales que en ocasiones llegan a acumular más de 1 200 mm de agua en pocos días. Además, con frecuencia es influenciado por huracanes de la región del Caribe y tormentas tropicales formadas muchas veces en su costa. El impacto de los eventos naturales ha contribuido en la formación histórica y el carácter social de esta nación.

El poder de las erupciones volcánicas, como ironía ecológica, ha dejado suelos fértiles para la agricultura, propiciando el asentamiento humano en este territorio por más de 2 000 años. En arqueología, la influencia volcánica en asentamientos humanos, en cierto modo puede ser tomada como una ventaja suprema. En El Salvador no es raro encontrar campos de cultivo o surcos agrícolas de épocas prehispánicas sepultados por ceniza volcánica. Más aún, en ese país se tiene el caso de Joya de Cerén, un poblado maya sepultado por el volcán Loma Caldera en el 590 d. C., cuyo estado de conservación permite a los arqueólogos estudiar la vida doméstica con tal detalle como si se tratase de un asentamiento recientemente abandonado.<sup>3</sup> Duran-

te la Colonia, estos fenómenos eruptivos también se repitieron; tal es el caso del obraje de añil San Andrés, sepultado por el volcán El Playón en 1658, en el valle de Zapotitán.<sup>4</sup> El perfecto estado de conservación de este obraje es tal que pudiese incluso ser activado nuevamente. De este modo, en la línea del tiempo el impacto de los fenómenos geológicos en esta tierra furiosa ha sido tan intenso que pueden ser rastreados a través de la arqueología. En los últimos siglos, ya en la época de la República, los fenómenos naturales han influenciado el trazo y modalidades constructivas de las ciudades contemporáneas.

La transformación física de las urbes modernas y la renovación de infraestructura en el interior del país ha sido continua. Como resultado, las ciudades salvadoreñas tendrán diferentes semblantes de acuerdo con la economía, política y sociedad de cada época. Siendo así, la historia registra fisonomías urbanas que parecieran efímeras, desapareciendo con cada siniestro natural y el advenimiento de nuevos materiales y técnicas constructivas, arquitecturas y demandas urbanísticas apegadas al mundo moderno, entre otros aspectos. La reconstrucción de las ciudades derivada de la destrucción causada por eventos naturales muchas veces es percibida como la apertura de un nuevo capítulo histórico en la arquitectura e ingeniería local. Dichos factores hacen del terruño un lugar fértil para la arqueología histórica y la oportuna actividad de rescate arqueológico.

El periodo histórico en El Salvador, al igual que en toda América Latina, es comprendido a partir del siglo xv, demarcada por la intrusión española al continente y posterior colonia. En El Salvador, la Colonia llegaría hasta 1821, definido por la indepen-

<sup>1</sup> Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales; disponible en [<http://www.snet.gob.sv/Geologia/Sismologia/1crono.htm>]; consultado el 15 de mayo de 2014.

<sup>2</sup> Según el Servicio Geológico Nacional (SNET), este país reporta más de 55 terremotos destructivos desde 1524; disponible en [<http://www.snet.gob.sv/ver/sismologia>]; consultado el 15 de mayo de 2014.

<sup>3</sup> Payson D. Sheets, *Before the Volcano Erupted. The Ancient Cerén*

*Village in Central America*, introd. y apéndice de Brian R. McKee, University of Texas Press, 2002.

<sup>4</sup> Paul Amaroli, "Investigaciones arqueológicas en el área de nuevas instalaciones en el parque arqueológico San Andrés", informe preparado para el Patronato Pro-Patrimonio Cultural, El Salvador, 1996.

---

dencia de las Provincias Unidas Centroamericanas y luego República Federal de Centroamérica, y el posterior nacimiento de las cinco repúblicas centroamericanas a partir de 1840. De este modo, el periodo de la República para este país se propone dividido en tres fases históricas: República-federal (1821-1840), Republicano-temprano (1840-1932) y Republicano-moderno (1932-presente).

La fase República-federal es determinada por los cambios propiciados por la independencia de la región centroamericana y la conformación de un bloque político-geográfico confederado hasta 1840. En aquel escenario, la casta con identidad criolla era la nueva clase dominante y dueña de la tierra, encargada de controlar el nuevo sistema republicano, llevando a aquel país hacia un nuevo espectro social liberado de los estigmas coloniales y de dominio español. No obstante, durante esta fase, la región se transforma en una macabra rueda de conflictos políticos y militares entre sus provincias, que giran en torno a su dinámica económica y estratégica ubicación geográfica, así como al establecimiento de una ideología política regente ya sea conservador o liberal. Aquellos intereses políticos condujeron en 1839 a la atomización definitiva de la región centroamericana en cinco repúblicas,<sup>5</sup> dando lugar a la fase Republicano-temprano, la cual corresponde a un El Salvador independiente. Se crearían así fuerzas armadas locales y nuevas constituciones.

Al inicio de las repúblicas en Latinoamérica, la visión de supremacía sobre lo indígena y sobre las creaciones locales aún prevalecía como herencia colonial.<sup>6</sup> La nueva república también heredaría la vieja traza urbana establecida durante la Colonia,

<sup>5</sup> Véase Alejandro D. Marroquín, *Apreciación sociológica de la independencia Salvadoreña*, San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, 2000.

<sup>6</sup> Gustavo G. Politis y José Antonio Pérez Gollán, "Latin American Archaeology: From Colonialism to Globalization", en Lynn Meskell y Robert W. Preucel (eds.), *A Companion to Social Archaeology*, Blackwell Publishing, 2007, pp. 336-352; véase tam-

con sus centros de control y comercio a los costados de la Plaza Mayor, la residencia elite y la segregación de viviendas, la cual también haría distinción de la clase social. No obstante, la fase Republicano-temprano agregará su propio carácter ciudadano y su nueva arquitectura y monumentos como símbolo de los nuevos poderes de gobierno y la economía imperante. Se abrirían escuelas y universidades en las principales ciudades, y la educación adoptaría esquemas alineados con las enseñanzas externas. El avance de las ciencias reemplazaría el conocimiento local, la tradición, la medicina, la arquitectura nativa y sus sistemas de construcción, y se conformaría una nueva patria, la cual redactaría su historia en línea con su ideal político.<sup>7</sup>

En El Salvador, luego del establecimiento definitivo de una ideología liberal, se hace latente la demanda por dinamizar la industria y potencializar la agricultura, lo cual es percibido desde las últimas décadas del siglo XIX. Lo anterior implicaría la abolición sistemática de los *ejidos* y expropiación de tierras indígenas, acarreando consigo el descontento de ciertos sectores sociales, agudizado en gran medida con la entrada y dominio del comercio y política exterior. Ya entrado el siglo XIX y principios del XX, aquellas familias criollas, en su mayoría dueños de la tierra, pasarían a ser los dueños de las empresas e industrias. En la primera mitad del siglo XX, el manejo de la economía se encontraba ya en manos de una elite cafetalera y empresarios, ejerciendo enorme influencia en los gobiernos de

bién Alfredo Behrens, *Culture and Management in the Americas*, California, Stanford Business Book, 2009.

<sup>7</sup> Véase Carlos Gregorio López Bernal, "Historiografía y movimientos sociales en El Salvador (1811-1932): un balance preliminar", en *Revista de Historia*, núm. 67, 2013; José Heriberto Erquicia Cruz, "El papel de la arqueología salvadoreña en la construcción del Estado-nación y el imaginario nacionalista, 1883-1930", en *Identidades*, vol. 1, núm. 2, 2011, pp. 173-187; Fabricio Valdivieso, "The Uses of Archaeological Resources for the Benefit of Rural Communities in El Salvador", tesis de maestría, Canadá, Universidad de British Columbia, 2014, pp. 51-59.

turno, dando lugar al conflicto de clases, y desencadenando la reconocida masacre indígena de 1932.<sup>8</sup> A partir de la matanza, un nuevo fenómeno de transformación rural se presenta. Los sobrevivientes indígenas optan por la cultura mestiza y esconden su identidad entre la población campesina en general, perdiéndose gradualmente la lengua *náhuatl*, la vestimenta y costumbres. Estos grupos incluso no fueron considerados en los procesos políticos subsiguientes a la masacre, quedando sin voz en la toma de decisiones para el beneficio de sus comunidades. Más aún, no fueron incluidos en los censos nacionales luego de los años de 1930, siendo de este modo borrados de los registros oficiales.<sup>9</sup> Con el tiempo, la agricultura también cambiaría, sustituyéndose algunos cultivos tradicionales y sistemas agrícolas, y adoptando nuevas semillas, agregando así nuevos elementos a la dieta y recetas locales. Los nuevos mercados, el comercio y la industria abren brecha hacia la nueva fase moderna en línea con las nuevas hegemonías en el mundo. Sin embargo, en este nuevo horizonte social en El Salvador también toma fuerza la identidad mestiza, al tiempo en que se suprime gradualmente lo indígena. Lo indígena, dentro de este espectro, es relacionado con la clase social, la pobreza, y como un vocablo despectivo para medir el desarrollo y la educación,<sup>10</sup> y no es visto como un grupo étnico con sus propios valores y autosuficiencias.

Inicia aquí la fase Republicano-moderno, en donde la vida en el campo dependerá cada vez más de las urbes. A partir de aquel etnocidio de 1932 se impone un nuevo régimen de gobierno, el cual tendrá

<sup>8</sup> Thomas P. Anderson, *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*, University of Nebraska Press, 1971.

<sup>9</sup> Alejandro D. Marroquín, "El problema indígena en El Salvador", en *América Indígena*, vol. 35, núm. 4, 1975, pp. 747-771; Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador*, Biblioteca de Historia Salvadoreña, 1978 [1942].

<sup>10</sup> Alejandro D. Marroquín, *op. cit.*; Ramón Rivas, "Conceptualización e interpretación de la definición indígena", en *Colección Antropología*, núm. 5, El Salvador, UTEC, 2005.

también influencia en los nuevos patrones constructivos de la época. Es en esta fase en que la arquitectura salvadoreña en áreas urbanas ve el alumbramiento de nuevas tendencias basadas en cánones netamente extranjeros, alejándose de las manifestaciones locales.<sup>11</sup> En esta fase, el campesino también dependerá de la nueva tecnología —como las máquinas y herramientas industriales— para la agricultura. No obstante, la fricción entre clases tiñe esta última fase con masacres campesinas, revueltas populares, golpes de Estado, represión, y finalmente un levantamiento armado desencadenado en la década de 1980, con un periodo de posguerra, el cual duraría ya entrando al nuevo siglo. Lo anterior intensifica las migraciones desde el interior del país hacia las ciudades principales, transformándolas. Las urbes salvadoreñas se tornarían hacia una nueva plantilla, en donde se adoptarían nuevos patrones urbanísticos y arquitectónicos. Lo anterior propicia una dinámica citadina que es también determinada por la nueva clase media emergente, con una población mayoritariamente de cultura mestiza. Por su lado, el incremento de la industria y el comercio propician su traslado a otros sectores de las ciudades en expansión. Así, también las instituciones públicas y privadas y la banca son movidas a nuevas zonas y centros de desarrollo urbano, dando forma a los actuales emporios.

En la actualidad, muchos de los hallazgos arqueológicos, así como los contextos intensamente transformados por sucesivas construcciones y la relevancia de ciertos personajes históricos enterrados en inmuebles republicanos en El Salvador, serán entendidos en este contexto histórico urbano y rural, ya sean en la efervescencia política del siglo

<sup>11</sup> Manuel Rivas Merino, "El legado gráfico arquitectónico de Armando Sol", en *Kóot*, vol. 1, núm. 2, revista de Museología del Museo Universitario de Antropología, El Salvador, UTEC, 2010; véase Rafael Tobar [<http://xpressate.net/hablemos-de-arquitectura/>], consultado el 12 de noviembre de 2014.

---

xix como en el agudo conflicto de clases del siglo xx. De este modo, el Republicano-temprano y el Republicano-moderno se definen con un antes y un después en la vida política, social y económica de la nación a partir del impacto cultural propiciado tras la masacre indígena de 1932 y el enrutamiento de la sociedad hacia la modernización del Estado. Estas fases pueden ser percibidas mediante el hallazgo arqueológico en las áreas urbanas en donde las elites sociales e instituciones gobernantes tuvieron su asiento, vistos éstos como protagonistas y artífices de cambios en la vida ciudadana. El comercio y las industrias históricas también son percibidos en el subsuelo de la ciudad moderna.

El presente artículo comparte algunos resultados obtenidos en actividades de rescate arqueológico realizados por el autor en El Salvador, luego que los terremotos de 2001 afectaran un número considerable de iglesias históricas y otros inmuebles. Este documento se divide en cuatro partes. En la primera se analiza el efecto de los fenómenos naturales en la transformación física de la urbe a través del tiempo. La segunda parte resume tres casos de estudio en la arqueología de rescate en iglesias históricas en El Salvador; estos casos incluyen el hallazgo de los restos de quien fuese el segundo obispo de El Salvador en la Iglesia Inmaculada Concepción, en Santa Tecla, la recuperación y evaluación de material cultural proveniente de contextos arqueológicos dentro del templo Nuestra Señora de la Asunción, en Ahuachapán, y finalmente se tienen algunas apreciaciones críticas obtenidas a consecuencia de la exhumación de quien fuese el primer presidente de la República Federal de Centro América, general Manuel José Arce y Fagoaga en la iglesia La Merced, en San Salvador. Con base en los casos de estudio previamente expuestos, la tercera parte provee una sección de resultados generales en cuanto a la práctica arqueológica en inmuebles históricos intensamente transformados, y explica de manera

global el material acaecido en estos contextos en ese país. La cuarta parte cierra con una sección de análisis y conclusión en cuanto al entendimiento de los espacios intensamente transformados y reconoce un patrón estratigráfico general para la distinción de fases republicanas dentro del subsuelo en edificaciones históricas en El Salvador.

### **Panorama histórico de una ciudad salvadoreña ante los fenómenos naturales**

Los terremotos han permitido que las ciudades y pueblos coloniales y republicanos en El Salvador hayan sido reconstruidos numerosas veces. El caso más notable sería la ciudad de San Salvador en el valle de Quetzalcoatlán, el cual por sus constantes temblores popularmente se le conoce como “el valle de las hamacas”. Según algunas fuentes, el concepto de aquella ciudad en el siglo xvi se limita a un conjunto de casas y ranchos de madera y paja, una iglesia y un edificio municipal. No obstante, la arqueología ha demostrado la existencia de una dinámica de ciudad temprana más compleja de lo que antes se ha creído. Desde 1528 la ciudad de San Salvador ya había tenido un asiento anterior en el valle de La Bermuda, cerca de Suchitoto, a no más de 30 km de la actual ciudad de San Salvador. Aquel lugar se le conoce hoy día como Ciudad Vieja, el cual ha sido intensamente estudiado, desde 1996, por arqueólogos históricos dirigidos por William Fowler Jr.,<sup>12</sup> quienes han llegado a reconocer la antigua cuadrícula urbana, sistemas constructivos —los cuales utilizan adobe, piedra y teja—, y la función de algunos edificios en aquella primera villa. Los arqueólogos también han llegado a identificar la manufactura local de algunos objetos y una

<sup>12</sup> Véase William R. Fowler Jr., *Ciudad Vieja: excavaciones, arquitectura y paisaje cultural de la primera villa de San Salvador*, 1a. ed., San Salvador, Secretaría de Cultura de la Presidencia/Editorial Universitaria, UES (Col. Bicentenario), 2011.

primera clasificación cerámica al momento de contacto y durante la Colonia temprana. De este modo se sabe que en Ciudad Vieja las instituciones de control, incluyendo el clero y el cabildo, sumadas a la residencia española, el comercio y la industria, se alojaban en el casco urbano, aunque no necesariamente contiguo a la Plaza Mayor.<sup>13</sup> Los barrios donde residían los indios aliados de los españoles, es posible que correspondan con los márgenes de la ciudad; sin embargo, es muy poco lo que se sabe aún de estos grupos en aquel asentamiento. San Salvador fue movida a su asiento actual en 1545, posiblemente llevando consigo un patrón de asentamiento y una dinámica social muy similar al de Ciudad Vieja.<sup>14</sup>

El plano más remoto de San Salvador en el valle de Quetzalcoatlán se ubica en 1594, elaborado por Jorge Lardé<sup>15</sup> a principios del siglo xx, con base en estudios históricos. Para aquel año, San Salvador ya había experimentado la ruina causada por los terremotos de 1575, 1581 y 1594, lo cual implicaría nuevas reconstrucciones y posiblemente un cambio en su traza original. El trazo proporcionado por Lardé demuestra un San Salvador que coincide con las ordenanzas de 1576 de Felipe II, constando de una plaza central y ocho calles angostas. Al igual que en su asiento anterior en La Bermuda, los asentamientos indígenas se ubican en la periferia rural de la

nueva ciudad. Esta urbe se ve limitada por caminos rurales que conectan con pueblos indígenas próximos, como Mejicanos, Guarumal, Cuscatancingo, Antiguo Cuscatlán, Soyapango, San Jacinto y La Chacra, los cuales hoy día han sido absorbidos por el “Gran San Salvador”. En el casco central se ubicaba la Plaza Mayor, la parroquia, el cabildo, el convento Santo Domingo, el convento La Merced, el convento San Francisco y el hospital Santa Bárbara. De acuerdo con las referidas ordenanzas, es posible que los contornos de la Plaza Mayor tuvieron portales en los que se concentraban el comercio y las ferias. El cuadro central de la ciudad y parte de la traza urbana sigue en su lugar original dentro del San Salvador moderno. De este modo, pese a que esta ciudad tiene más de cuatro siglos en su actual asiento, ninguno de sus edificios actuales tendrá más de 150 años.<sup>16</sup> Sin embargo, algunos edificios contemporáneos aún mantienen relación con las instituciones que le dieron origen durante la Colonia. Así, se tiene el caso de la iglesia El Rosario, cuyo solar fue ocupado por la primera iglesia parroquial de El Salvador durante la Colonia y la República-federal, y luego catedral en las primeras décadas de la fase Republicano-temprano. También el solar que ocupa la actual catedral fue ocupado por el convento de los dominicos en tiempos coloniales hasta las primeras décadas de la fase Republicano-temprano. Otro caso lo son la iglesia La Merced, la iglesia San Esteban, El Calvario, Nuestra Señora de Candelaria y la iglesia San Francisco; todas ocupan un solar previamente administrado por el clero durante la Colonia, aunque no se tiene mayor información —anterior al siglo xix— relativa a las primeras arquitecturas, distribución y uso de los espacios en sus respectivos solares.

Actualmente no ha sido posible encontrar mayores registros cartográficos del desarrollo urbano de

<sup>13</sup> De acuerdo con William R. Fowler Jr., *op. cit.*, p. 209, “la hipótesis de la iglesia ubicada en el lado este de la plaza quedó descartada. Hay que recordar que los planos ideales para las ciudades hispanoamericanas de la Conquista y la época colonial temprana siguen sus normas generales pero también manifiestan bastante variación en las ubicaciones relativas de las estructuras más importantes, como es la iglesia. La hipótesis con que trabajamos actualmente es que la iglesia está a una cuadra al este de esta plataforma (Estructura 4E2) y la plaza, en la esquina sureste del cuadrante 4F del mapa del sitio”.

<sup>14</sup> Adquiere el rango de “ciudad” en 1546, por acuerdo de Carlos I de España.

<sup>15</sup> En Gustavo Herodier, *San Salvador, el esplendor de una ciudad, 1880-1930*, El Salvador, ASESUISA, Fundación María Escalón de Núñez, 1997.

<sup>16</sup> *Idem.*

---

San Salvador durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Esto puede deberse a que el desarrollo de esta ciudad dependía de la capitania general de Guatemala, y su crecimiento poblacional también se veía afectado por las epidemias y otros fenómenos naturales. Es a partir de 1700 en que empiezan a archivar este tipo de registros de manera constante. De este modo, la obtención de esta información en los siglos anteriores al XVIII incumbe en un territorio propio de la arqueología histórica.

La arqueología practicada en este cuadro histórico en el centro de San Salvador ha logrado recuperar información, la cual puede ser contrastada con la evidencia documental. Por ejemplo, en 1994, Castellón Huerta<sup>17</sup> excava en la Catedral Metropolitana, logrando demostrar la existencia de restos del antiguo convento de Santo Domingo, fundado en 1551, sumado a otros rasgos coloniales.<sup>18</sup> Luego, en 2013, Heriberto Erquicia dirige un proyecto de

<sup>17</sup> Blas Román Castellón Huerta, "Excavaciones arqueológicas en la Catedral Metropolitana de San Salvador", en *VIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala (1994)*, Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1995.

<sup>18</sup> Los dominicos, franciscanos y mercenarios fueron expulsados de la provincia del Salvador (El Salvador) en 1829 durante la fase República-federal. Este convento se convierte desde entonces en parroquia Santo Domingo, la cual fue constantemente dañada por sucesivos terremotos a lo largo del siglo XIX. Luego del terremoto de 1873 y durante la consolidación de los gobiernos liberales este espacio fue ocupado por el Colegio Nacional y posteriormente la Universidad Nacional, compartiendo espacio con la entonces Catedral Metropolitana. La Universidad Nacional es consumida por un incendio en 1955, y la entonces Catedral Metropolitana también es reducida a cenizas por un incendio años antes en 1951, iniciándose así la construcción de un nuevo edificio, proyecto que duraría 40 años. Según Blas Román Castellón Huerta (*op. cit.*, p. 285): "la construcción de este nuevo edificio debió destruir completamente los vestigios coloniales y prehispánicos en el subsuelo, al hacer el sótano más de ocho metros debajo del nivel actual. El atrio suroeste en donde se excavó, quedó a salvo de esta intervención por lo cual se pudo determinar que correspondía posiblemente a la sacristía de la iglesia dominica antigua y al inicio del claustro que se encontraba en el extremo poniente de ésta. La actual avenida España y el Parque Universitario deben estar por encima de los restos del claustro del monasterio antiguo".

rescate arqueológico en el solar ocupado por el antiguo ayuntamiento municipal o cabildo, en donde moraban las oficinas del alcalde mayor y las cárceles, el cual funcionó desde 1789 y fue destruido por el terremoto de 1873; en el mismo solar fue edificado el entonces Palacio Municipal, el cual funcionó desde 1877 y fue consumido por un incendio en 1919. Este solar se localiza al costado sur de la actual Plaza Libertad (antes Plaza Mayor) en el Centro Histórico de San Salvador. Erquicia demuestra la existencia de muros, canaletas, ladrillos, cerámica mayólica, porcelana, clavos, herraduras y otros materiales de los periodos colonial y republicano.<sup>19</sup> Al igual que el predio ocupado por la actual catedral, este solar del antiguo Palacio Municipal es también un contexto arqueológico intensamente transformado durante las fases Republicano-temprano y Republicano-moderno.

La modificación o remodelación de plazas y edificios en el Centro Histórico de San Salvador y zonas colindantes muchas veces informó de evidencias arqueológicas que trasciende lo que llamamos histórico, y llevan este contexto hacia épocas prehispánicas, lo cual indica que este valle fue también el asiento de comunidades indígenas en épocas remotas. Peccorini,<sup>20</sup> en 1913, fue el primero en reportar la existencia de sitios arqueológicos prehispánicos en San Salvador y contiguo a "La Puerta de La Laguna" en la zona de Antiguo Cuscatlán, muy próximo a esta ciudad. Poco después, Lothrop y Lardé,<sup>21</sup> en

<sup>19</sup> José Heriberto Erquicia Cruz, "Sondeo Arqueológico 'Centro Comercial Libertad', San Salvador, El Salvador", informe inédito, El Salvador, Departamento de Arqueología, Secultura, 2013.

<sup>20</sup> Atilio Peccorini, "Algunos datos sobre la arqueología de la República de El Salvador", en *Journal de la Société de Américanistes*, vol. 10, núm. 1, 1913, p. 176.

<sup>21</sup> Jorge Lardé y Larín, "Índice provisional de yacimientos arqueológicos en El Salvador", en *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, vol. 1, núms. 3 y 4, 1926a; "Arqueología Cuzcatleca: vestigios de una población pre-Máyica en el valle de San Salvador, C.A., sepultados bajo una potente capa de productos volcánicos", en *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, vol. 1, núms. 3 y 4,

los años de 1920, son los primeros en practicar la arqueología en la ciudad de San Salvador. Estos investigadores reconocen contextos prehispánicos en capas estratigráficas en El Zapote, lugar conformado por una pequeña loma en el barrio San Jacinto. En aquel tiempo, San Jacinto todavía era parte de la periferia rural de la ciudad. Luego, en 1944, en ese mismo lugar Boggs<sup>22</sup> identifica una tumba prehispánica. Sin embargo, en 1939 el mismo Boggs<sup>23</sup> ya había dirigido un primer rescate arqueológico en el Club Internacional, en el Centro de San Salvador, recuperando material prehispánico, lo que le acredita también como pionero en la arqueología urbana en este país. Más adelante, en 1955, Porter y Haberland<sup>24</sup> excavan en Barranco Tovar, localizado al sur de San Salvador, en donde recuperan y analizan una importante cantidad de fragmentos cerámicos y figurillas preclásicas localizadas bajo ceniza volcánica. Con este estudio se dictamina un importante precedente en la práctica de la arqueología en esta ciudad, y se sabe ya con mayor certeza de la existencia temprana de asentamientos prehispánicos en este valle. En 1994, Castellón Huerta<sup>25</sup> también identifica cerámica del tipo Salua y Rojo Inciso del periodo Clásico tardío (600-900) en el subsuelo ocupado hoy día por la Catedral Metropolitana de San Salvador.

1926b. S. K. Lothrop, "Pottery Types and their Sequence in El Salvador", en *Indian Notes and Monographs, Museum of the American Indian, Heye Foundation*, vol. 1, núm. 4, 1927, pp. 165-220.

<sup>22</sup> Stanley H. Boggs, "A Preconquest Tomb on the Cerro El Zapote, El Salvador", en *Notes on Middle American Archaeology and Latin American Ethnology*, vol. 2, núm. 32, Washington, D. C., Carnegie Institution of Washington, 1944, pp. 8-15.

<sup>23</sup> Stanley H. Boggs, "Archaeological Material from the Club Internacional", en *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, núm. 60, Washington, D. C., Carnegie Institute of Washington, 1945.

<sup>24</sup> Muriel N. Porter, "Material Preclásico de San Salvador", en *Comunicaciones*, vol. 4, núms. 3 y 4, San Salvador, Instituto Tropical de Investigaciones Científicas, 1955, pp. 105-112; Wolfgang Haberland, "Ceramic Sequences in El Salvador", en *American Antiquity*, vol. 26, núm. 1, 1960.

<sup>25</sup> Blas Román Castellón Huerta, *op. cit.*, p. 288.

Hasta la actualidad se han realizado aproximadamente una treintena de intervenciones y rescates arqueológicos dentro del área urbana de San Salvador y zonas colindantes.<sup>26</sup> Mucha de la arqueología practicada en esta ciudad se orienta a reconocer contextos prehispánicos con relación a la ceniza del volcán Ilopango, arrojada en el 536 d. C.<sup>27</sup> Muchos otros sitios en San Salvador reportan también la presencia de surcos de cultivo arqueológico sepultado por la referida ceniza. Esta gruesa capa blanca de ceniza volcánica llega en ocasiones a alcanzar hasta los 15 m de profundidad, la cual parece haber borrado de la faz todo asentamiento en la región, incluyendo el occidente de El Salvador.<sup>28</sup> Esto también parece indicar que los antiguos moradores en este valle debieron también bregar con los fenómenos naturales de grandes magnitudes. Sin duda, un dato estremecedor para la futura ciudad de San Salvador.

San Salvador se consolida como el principal centro urbano del país a partir de la primera mitad del siglo XIX. El 28 de enero de 1835 esta ciudad fue declarada capital de la República Federal de Centro América. Ahí residieron las autoridades federales hasta su completa disolución el 30 de julio de 1839. La ciudad de San Salvador como urbe republicana ya había sido descrita por reconocidos viajeros en el siglo XIX. Entre estos personajes, en 1839 John

<sup>26</sup> En las últimas cuatro décadas se ha incrementado la realización de excavaciones exploratorias y salvamentos tanto en el Centro Histórico como en las áreas proyectadas para nuevas urbanizaciones, incluyendo Madre Selva, Cerro El Portezuelo, Zacamil, El Zapote y Complejo Cultural San Jacinto, Cumbres de Cuscatlán, y boulevard Monseñor Romero (Óscar Arnulfo). En el pasado se han reportado sitios arqueológicos en las colonias San Mateo, Zacamil, Saburo Hirao, y sectores aledaños al Estadio Cuscatlán.

<sup>27</sup> Robert Dull, John Southon, Steffen Kutterolf, Armin Freundt, Savid Wahl y Payson Sheets, *Did the Ilopango TB Eruption Cause the AD 536 Event?*, afiche presentado en la reunión de 2010 organizado por American Geophysical Union, 2010.

<sup>28</sup> Véase detalles en documental dirigido por el autor, *The Pre-classic Period in El Salvador* (parte 7 de 7); disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=IwALfRuHD7Y>].



L. Stephens<sup>29</sup> es testigo del asiento de esta ciudad en su inestable valle. Cuando Stephens visita San Salvador, no habían pasado muchos años desde el último temblor fuerte en 1831, el cual causó ruina y destrucción en esta capital; y otro acaecido el 22 de marzo de 1839, que hizo pensar en abandonarla tras desquiciarse muchas casas, y afectando algunas localidades cercanas a Quezaltepeque, Nejapa y Opico.<sup>30</sup>

Casi 15 años después de la visita de Stephens, el 16 de abril de 1854, la ciudad de San Salvador, capital de la entonces nueva República de El Salvador,<sup>31</sup> sucumbe ante un nuevo terremoto, siendo temporalmente trasladada al valle de Santa Tecla. Esta ciudad en ciernes se llamaría Nueva San Salvador, y albergaría a las familias más pudientes del país.<sup>32</sup> La nueva ciudad fue diseñada rompiendo con la cuadrícula tradicional española, adoptando un nuevo cuadro y edificando la nueva catedral, la cual sería conocida como el templo de la Inmaculada Concepción.<sup>33</sup> Este templo estaría a cargo del



Figura 1. San Salvador, siglo XIX. Vista idealizada de la Plaza Mayor (hoy Plaza Libertad), desde el portal de la iglesia parroquial (hoy iglesia del Rosario), en un grabado hecho en París por el pintor salvadoreño Francisco Cisneros (1823-1878), impreso por M. Dupressoir. En primer plano aparece la antigua fuente y, al fondo, el volcán de San Salvador. Cortesía del coleccionista Carlos Quintanilla.

obispo Pineda y Saldaña, de quien se hablará en este artículo (figura 1).

Para aquellos tiempos, los estragos ocasionados por la naturaleza probablemente no eran tan catastróficos como en la actualidad, debido a la sobrepoblación en que se vive. Pero es seguro que las ciudades eran muy vulnerables para estos fenómenos, debido en parte a los materiales utilizados para la construcción de estructuras, y más aún cuando se habitaban zonas que con facilidad se derrumbaban o se inundaban, ocasionando graves desastres. Los temporales, por su lado, también son fenómenos recurrentes en la región centroamericana; actualmente causan graves daños a las cosechas, desbordamiento de ríos, colapsos frecuentes de casas y deslizamientos en las zonas montañosas. George E. Squier,<sup>34</sup>

vador, "Bendición de la Nueva Ciudad. A la muerte del Señor San Martín. Visita del Señor Presidente del Estado a la ciudad de San Salvador", Cojutepeque, 7 de diciembre de 1854; Miguel Ángel Gallardo, *Papeles históricos (a Santa Tecla en su primer centenario)*, Santa Tecla, La Libertad, 1954 [1964].

<sup>34</sup> George E. Squier, reconocido diplomático estadounidense, quien en los círculos intelectuales de Washington le nombran *Chargé d'Affaires de los E.E.U.U. en Centroamérica*. Se le atribuye a Squier las primeras referencias arqueológicas y antropológicas en El Salvador; véase William R. Fowler Jr., *El Salvador, antiguas civilizaciones*, El Salvador, Fomento Cultural BAC, 1995; Juan Albarracín-Jordán y Fabricio Valdivieso, "Pasado, presente y futuro de la arqueología en El Salvador", en *Identidades*, vol. 4, núm. 6, pp. 59-93, 2013.

<sup>29</sup> J. L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, San José, Costa Rica, Educa, 1971.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 41-42; Stephens describe San Salvador: "Entrando por una hermosa puerta y con los suburbios llenos de árboles frutales y de flores, era difícil darse cuenta del estado miserable en que se encontraba la ciudad. A medida que avanzábamos veíamos montones de escombros y grandes casas con el frente caído o agrietado, señales de los terremotos que habían arruinado la ciudad que era el asiento del gobierno y que ahora se encontraba despoblada. Esta serie de temblores había empezado el tres de octubre anterior (el mismo día en que me embarqué para el país) y durante veinte días seguidos tembló la tierra, en ocasiones hasta quince o veinte veces en veinticuatro horas [...]. La mayor parte de los habitantes abandonaron la ciudad y los que se quedaron dormían bajo manteados en los patios de sus casas. Todas éstas se encontraban más o menos dañadas, algunas de ellas inhabitables y otras enteramente caídas".

<sup>31</sup> Conocido como El Salvador a partir de 1915.

<sup>32</sup> Miguel Ángel García, "San Salvador, desde la Conquista hasta el año de 1894, en lo político, social, ciencias, letras y bellas artes", en *Diccionario histórico enciclopédico de la república de El Salvador*, San Salvador, Imprenta Nacional, 1952, p. 496.

<sup>33</sup> *Gaceta del Salvador*, "Crónica local. Fiesta del Salvador en la antigua capital", Sección Fundación de la nueva ciudad de San Salvador, Cojutepeque, 11 de diciembre de 1954; *Gaceta del Sal-*



Figura 2. El terremoto del 16 de abril de 1854, por el viajero polaco-francés Arnold Boscowitz. Cortesía de la Asociación Museo de la Ciudad.

a su paso por San Salvador a mitad del siglo XIX, recuerda un temporal de algunos días, al que los habitantes llamaron el diluvio de 1852.<sup>35</sup>

Antes de 1854 la ciudad de San Salvador era la tercera más grande e importante de Centroamérica (figura 2), siguiendo a León y encabezada por Guatemala. San Salvador era en aquel tiempo habitada por aproximadamente 30 000 almas.<sup>36</sup> Lo que hoy día es el centro de San Salvador, en aquel tiempo se admiraba éste en una ancha y elevada llanura, sobre una meseta montañosa a 2 115 pies sobre el nivel del mar (medido con barómetro). Su clima, según documentos de la época, era fresco en comparación con el de la costa, y modificado por una cadena de colinas hacia el sur, conocida como Cordillera del Bálsamo. En los alrededores de San Salvador, en lo que ahora son urbanizaciones y un nudo de calles y avenidas que convergen con centros comerciales, edificios públicos y plazas, entre otros, eran en aquel tiempo, como nos es de imaginar, áreas cubiertas de follaje y fauna, bañadas éstas a diario —tanto en la estación seca como en la de lluvia—

<sup>35</sup> Miguel Ángel García, *op. cit.*

<sup>36</sup> *Idem.*

por un rocío grueso, elementos que hacían que esta ciudad tuviera una atmósfera como de campo y jardín, como aún se aprecia en algunos rústicos poblados en el interior del país.<sup>37</sup> El casco urbano dejaba también mucho que admirar, con iglesias y casas generalmente blancas, tal como nos narra Squier en su viaje a la ciudad en 1852.<sup>38</sup> Las viviendas eran bajas y ninguna de más de un piso, con gruesas paredes edificadas para resistir los terremotos. Como es de admirar en casas actuales en muchos pueblos centroamericanos, en el San Salvador de antaño se tenía la modalidad de edificar las casas con un patio interior al centro a manera de jardín y algunas con fuente de agua. San Salvador ocupó un área ancha en proporción a su población. El contorno de la Plaza Mayor, aún sin empedrar, era en aquel tiempo el centro del comercio y concentración social de la

<sup>37</sup> Squier proporciona una romántica descripción de lo que fue en aquel momento la ciudad capital, cual pareciese otra escondida en la actual: “Con la excepción de la parte central y empedrada, San Salvador era un bosque literalmente embovedado de árboles frutales de los trópicos. Las casas entechadas de rojo, rodeadas de cercas de maguey siempre verde, sombreadas por cocoteros y naranjales, con un fondo de platanares, con sus anchas hojas verdes agobiadas bajo el peso de sus pesados racimos de dorado fruto, más bien parecía retiro del Paraíso, que cosa alguna de lo que nuestras frías imaginaciones del norte se figuran como habitaciones terrestres. Un paseo a caballo en el fresco de la mañana o cuando comenzaba a caer el rocío de la tarde y el cielo parecía bañado en oro derretido, un paseo entre las mil sentadas trajinadas y cubiertas de verdura, que conducen a las aldeas de Mejicanos o San Marcos escondidas con sus pintorescas iglesias en una glorieta natural, era uno de aquellos placeres no comunes, que compensaban por las molestias de un viaje, por el hambre, el cansancio y los trabajos de viajar en los trópicos, Walter Scott, hablando de espectáculo raro, un paseo semejante equivale a diez años de vida y deja una fuente perenne de gratos recuerdos. [...]”. Miguel Ángel García, *op. cit.*, toma este artículo de la *Revista del Departamento de Historia* y lo agrega en español al *Diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador*. En nota al final del texto, p. 498, se confirma que este dato histórico fue editado por el *Heraldo de Nueva York* el 15 de junio de 1854, atribuyéndose los créditos a Squier, quien visitó San Salvador antes de la ruina de 1854.

<sup>38</sup> San Salvador también fue visitado por el escritor y viajero Percy F. Martín, quien la calificó como “muy bella”, así como también se tienen las observaciones del inglés John Bailly, en Gustavo Herodier, *op. cit.*, p. 27.

época. En aquella pequeña ciudad capital era posible distinguir las construcciones públicas y privadas, y definir las como buenas y de relativa belleza y elegancia.<sup>39</sup>

Para 1802, en sus últimos años de colonia, el comercio en San Salvador se aprecia en gran cantidad. Sus ferias anuales eran ya famosas en el extranjero, pues atraían gente de toda Centroamérica, México y hasta del Perú, donde se negociaba, entre otras cosas, añil, tabaco, bálsamo, algodón, vainilla, cacao y ganado;<sup>40</sup> el comercio se apreciaba en gran cantidad. Algunos cronistas agregan que en el mercado de la época concurrían víveres en abundancia venidos de numerosos pueblos de los alrededores, y no pasaba un día en que no rondasen entre 500 a 2 000 personas en la plaza principal. Squier agrega que para 1852 aquellas ferias establecidas durante la Colonia, aún eran muy concurridas de gente venida hasta de 50 leguas alrededor; también se percibían extranjeros y comerciantes de diversos puntos de Centroamérica. En estas ferias incluso se hacían contratos, ventas y cambios.<sup>41</sup>

Tras el triunfo liberal en la segunda mitad del siglo XIX, aquellas vastas propiedades pertenecientes a la Iglesia que monopolizaba el mercado de tierras, pasaron a manos públicas y privadas.<sup>42</sup> La vida urbana sufrió cambios notables, se destruyeron conventos, se vendieron propiedades eclesiásticas, se cambiaron nombres de calles y avenidas, muchas de las edificaciones religiosas fueron convertidas en bibliotecas y colegios, y comenzó la creación de cementerios lejos del alcance territorial del clero católico.<sup>43</sup> La ideología liberal también propició la

transformación del cotidiano paisaje urbano surtido de religión; tales eran las imágenes de los santos en los nichos de las casas y cruces entre tejados, por el uso de escudos y banderas como signos cívicos que engrandecían el ego patriótico de la población en aquellos nuevos países independientes.<sup>44</sup> Asimismo, esto contribuyó a la creación de nuevos hábitos culturales, los cuales eran promovidos por la elite, diferenciando el orgulloso presente en las repúblicas independientes de aquel “frío y cerrado pasado” colonial. No obstante, dentro de aquel sentir localista se seguía un fuerte interés por imitar las costumbres europeas, tenidas y traídas en gran parte por el íntimo contacto comercial que mostraban a los asombrados viajeros u hombres de negocios de la elite.

El contacto con Europa definió en las nuevas naciones centroamericanas el rostro arquitectónico y cambios en la traza urbana en sus ciudades, emulando cada nación un modelo de civilización occidental, pero con la idiosincrasia local. También la alta sociedad importó libros, moda, música, arte, culinaria, etiqueta y educación. Entre estos nuevos estilos de vida ciudadano, como los teatros, los cafés y las alamedas o paseos, se combinan aquellas viejas costumbres (peleas de gallos, corridas de toros y la fiesta patronal, entre otras) que motivaron asimismo la construcción obligada de plazas para estas actividades.<sup>45</sup>

Los cambios en el ambiente urbano también son estimulados por las reformas constitucionales, las cuales otorgaron un nuevo impulso a la agricultura

vador, Biblioteca de Historia Salvadoreña, Concultura, 2001; Ramón López Jiménez, *Mitras salvadoreñas*, San Salvador, Ministerio de Cultura, Bancasa, 1997.

<sup>44</sup> Rodolfo Cardenal, *op. cit.*

<sup>45</sup> Véase Rodolfo Barón Castro, *Reseña histórica de la villa de San Salvador*, El Salvador, Concultura, 1950; Gustavo Herodier, *op. cit.*, Ángela Cecilia Lovo Gumero, Claudia Lissette Portillo Flores y Gladys Evelin Ruiz Alfaro, “La arquitectura del siglo XIX en El Salvador”, tesis, Antiguo Cuscatlán, Universidad Albert Einstein, 1998.

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> Véase publicaciones realizadas por el Departamento de Historia de la Administración del Patrimonio Cultural preparado por Enrique Kuny Mena, San Salvador.

<sup>41</sup> Miguel Ángel García, *op. cit.*

<sup>42</sup> Para el caso de San Salvador, se sugiere ver a Blas Román Castellón Huerta, *op. cit.*, pp. 283-295.

<sup>43</sup> Rodolfo Cardenal, *El poder eclesiástico en El Salvador*, El Sal-

intensiva, el nacimiento de nuevos propietarios de la tierra y el advenimiento de nuevas industrias, cuyos dueños residirían en las ciudades principales. De este modo, la Constitución de 1886 promueve la producción de café, el cual luego pasaría a ser el principal producto de exportación del país. El café daría lugar al advenimiento de una nueva casta social poderosa: los cafetaleros. A principios del siglo xx, el país se convertiría en potencia mundial en la exportación de este producto, un legado que impactaría el modo de vida de ciudades y pueblos salvadoreños. El poder del café transformaría la arquitectura pública y residencias privadas de finales del siglo xix y principios del xx. Esto es todavía perceptible en ciudades como San Salvador, Santa Ana, Ahuachapán, Chalchuapa, Sonsonate, Suchitoto, Santa Tecla, San Vicente, Usulután, Santiago de María y San Miguel, entre otros, en donde muchas de las fachadas de casas de familias pudientes, edificios públicos y cementerios parecen emular la arquitectura de las regiones en donde gran parte del café era enviado.<sup>46</sup> La renta producida por el café incentiva la construcción de carreteras y se renuevan puertos, se activa la línea férrea, y el país se encamina a la modernización, dinamizando a su vez el comercio interno.<sup>47</sup> Se intensifica la importación de bienes con Europa, incrementando la introducción de nuevas tecnologías, material constructivo, muebles, porcelana, licor y artículos de lujo para la clase alta. La producción local gradualmente acoplaría su creación a estas nuevas formas de vida con el fomento de la industria, produciendo moda local y productos con plantillas europeas y estadounidenses a lo largo del siglo xx.

En el transcurso de los dos últimos siglos, tanto San Salvador como otras ciudades principales del país han mostrado diferentes ambientes urbanos.

<sup>46</sup> Fomento Cultural Banco Agrícola, *El Salvador, La República*, tt. I-II, El Salvador, BAC, 2000; Miguel Ángel Gallardo, *op. cit.*

<sup>47</sup> Fomento Cultural Banco Agrícola, *op. cit.*

Estos escenarios fueron capturados en dibujos, litografías y fotografías de antaño, resguardadas hoy día en colecciones públicas y privadas, incluyendo periódicos de la época como *La Gaceta del Salvador*, *El Constitucional*, e importantes publicaciones de antaño. Estos documentos en ocasiones describen aspectos culturales de la ciudad y su dinámica social y económica.

En estos últimos dos siglos de república se han tenido al menos cinco fases constructivas con estilos arquitectónicos distintos dentro de la misma ciudad, siendo muy poco lo que existe de las primeras décadas del periodo Republicano-temprano. De este modo, las ciudades modernas de El Salvador se verán salpicadas de edificios con arquitecturas históricas diversas, como legado de la historia sísmica y el devenir económico y político de la nación.

Entre los terremotos más memorables que han afectado San Salvador en los últimos dos siglos de República, se tienen el del 17 de abril de 1854, el cual dio origen a la ciudad de Santa Tecla, proyectada en su momento como la nueva capital de San Salvador, como se ha indicado en párrafos anteriores. En la arquitectura tradicional de la época se utilizaba adobe, bahareque, cal y canto, ladrillo o lozas de barro y en ocasiones madera. Otro memorable siniestro ocurrió el 19 de marzo de 1873, el cual deja la ciudad por los suelos, propiciando la adopción de nuevos materiales constructivos con el objetivo de crear estructuras más livianas (figura 3). Se fomenta así la construcción con lámina troquelada, importada de Francia y Bélgica, destinada a las áreas urbanas.<sup>48</sup> Mientras tanto, la construcción en el área rural era a base de palma, caña brava, piedra y tierra.<sup>49</sup> De

<sup>48</sup> Ángela Cecilia Lovo Gumeró *et al.*, *op. cit.*

<sup>49</sup> Algunos analistas contemporáneos afirman que la construcción nativa a base de palma y paja representa un verdadero sistema constructivo exitoso adaptado al ambiente local, con materiales livianos cuya flexibilidad soporta los movimientos telúricos. A su vez, su arquitectura es ventilada y fresca para un clima tropical, y su construcción requiere materiales acce-



Figura 3. Catedral de San Salvador en ruinas, luego del terremoto de 1873. Grabado publicado en la revista *Harper's Weekly*, 10 de mayo de 1873, p. 389. Cortesía de Carlos Cañas-Dinarte.

hecho, el San Salvador de finales del siglo XIX era una urbe aún con matices rurales en su periferia, rodeada de fincas de café y pastos.

Para principios del siglo XX la ciudad se ve encaminada a la modernización, producto de la bonanza del café y el crecimiento comercial con el mundo.

sibles en el medio, al alcance de todos. La arqueología también ha demostrado que la construcción nativa es una respuesta exitosa al medio. Joya de Cerén, en el valle de Zapotitán, es un claro ejemplo. Este sitio, sepultado por Loma Caldera durante el periodo Clásico, parece adoptar un sistema antisísmico, en el cual cada estructura utiliza una plataforma de donde emergen columnas y paredes de *bahareque*, propiciando una sola unidad arquitectónica. De este modo, cada unidad se torna en una sola pieza al momento de soportar un sismo, evitando que el movimiento golpee una pared con otra. Estas paredes y columnas a su vez se encuentran ancladas a la referida plataforma y no directamente al suelo. Un caso excepcional es la denominada Estructura 3, o Casa Comunal, cuya construcción fue encontrada íntegra, la cual soportó tanto los sismos previos a la caída de ceniza volcánica, así como el impacto del flujo piroclástico. De este modo, la arquitectura doméstica en Joya de Cerén responde a las demandas de la vida común de aquellos habitantes mayas. Por ejemplo, la permeabilidad en cuanto a la filtración de sonido exterior en el interior de estas estructuras es un alcance en la construcción doméstica prehispánica. Así también, la arquitectura a base de columnas y techos de paja produce sombra, la cual es aprovechada para invisibilizar el interior de las habitaciones, separando las entradas principales de cada estructura mediante una terraza o porche, creando un efecto de luz. Cuando el exterior tiene mayor luz, las personas de afuera no pueden ver adentro por el efecto de sombra, por lo menos durante el día. La filosofía de vida es un enclave importante en la adopción de un sistema constructivo adecuado al medio; véase Cynthia Robin, "Outside our Houses: The Practices of Everyday Life at Chan Nohol", en *Journal of Social Archaeology*, núm. 2, Belice, 2002, pp. 245-267.

Las principales instituciones del gobierno, casa presidencial (Casa Blanca), el Palacio Nacional, la universidad nacional, biblioteca, hospitales, teatros, el coro nacional, las principales cedes eclesíásticas, almacenes y residencias de la clase alta se localizan en el casco central de la ciudad y barrios contiguos. También se tienen ya muchas familias extranjeras residiendo en esta ciudad. Asimismo, se percibe un cierto crecimiento de la clase media en el área urbana, resultado de la contratación de personal para el comercio urbano, como las tiendas de productos importados, farmacias, restaurantes, ferreterías, hoteles, bancos y otros. A esta transformación se suma el empedramiento y pavimentación de calles y plazas. Los postes de electricidad empezaron también a transformar el paisaje, introducidos a partir de 1892.<sup>50</sup> Su entorno citadino se adapta a los modernos sistemas de comunicación de la época, con estaciones del ferrocarril que conectan el oriente y el occidente del país, así como servicios de tranvía, telégrafo y teléfono, y poco después el radio. A su vez, el alumbrado público sustituiría la iluminación a base de nafta y gasolina, y en otros casos a base de gas y petróleo, cuyo sistema había sido introducido por Gerardo Barrios en la década de 1860.<sup>51</sup> A

<sup>50</sup> El primer dínamo se estableció en Agua Caliente, conduciendo electricidad hasta San Salvador. Luego, en las primeras décadas del siglo XX fue edificada una nueva represa hidroeléctrica sobre el río Acelhuate, a la altura de Milingo, en San Salvador. Esta presa, visitada por el autor, aún existe, siendo administrada por manos privadas. Su construcción consiste en una monumental armazón de cal y canto de unas 500 varas de largo por 35 pies de profundidad, el cual retiene el cauce del río. La presa aprovecha una caída natural de unos 200 pies de altura. Para 1919, esta corriente ponía en acción cuatro dinamos, produciendo 11 000 volts para alumbrar la pequeña ciudad de San Salvador de manera permanente.

<sup>51</sup> El primer candil callejero en El Salvador fue inaugurado en 1840, cuando por decreto, el entonces general Francisco Malespín Herrera estableció el sistema de alumbrado público. Aquel primitivo sistema consistía de un cajete de barro y trapo de mecha, el cual utilizaba aceite de coco. Su colocación debía ser en el punto principal de las puertas o ventanas de las casas de balcón, ubicadas en esquinas o situadas en medio de la cuadra. Aquel nuevo orden propició la creación del Cuerpo de

principios del siglo xx las estrechas calles diseñadas para el paso de carretas y carruajes empezaban a verse circuladas por los primeros automóviles, y luego surgirían avenidas más anchas mientras la ciudad se expande hacia sus costados, más que todo hacia el poniente. Sin embargo, para esa época la urbe es siempre el escenario de la concentración de las clases populares, en donde el mercado y las ferias serían parte de la dinámica económica, social y cultural en la pequeña ciudad. Su coexistencia con el área rural es siempre latente a lo largo del siglo xx, en donde el sistema constructivo de la vivienda en estas áreas es también transformado acorde a las demandas urbanas venidas con la modernidad.

El 6 de septiembre de 1915 un nuevo terremoto trae zozobra a las principales ciudades del occidente salvadoreño, y luego, el 7 de junio de 1917, el volcán de San Salvador ocasionaría un mayor daño destruyendo la capital. El auge económico de la nación en la primera mitad del siglo xx dio un nuevo empuje en la reconstrucción de las urbes, introduciendo una vez más nuevos materiales.

Para finales del siglo xix, el uso de concreto y de vigas de hierro era una alternativa en las construcciones en Latinoamérica. Según algunas fuentes, el cemento ya es comercializado en El Salvador en la década de 1900,<sup>52</sup> aunque son pocas las construcciones que utilizaban este material. Las primeras construcciones son a base de cemento Portland, importado a Latinoamérica desde Europa,<sup>53</sup> el cual

Serenos, encargados de encender y apagar los faroles y anunciar la hora.

<sup>52</sup> Xavier Tafunell, "On the Origins of isi: The Latin American Cement Industry, 1900-30", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 39, núm. 2, 2007, pp. 305-306 y 308.

<sup>53</sup> Aunque el cemento también era producido en Estados Unidos y en varios países latinoamericanos ya desde finales del siglo xix, incluyendo la vecina Guatemala desde 1902, traerlo de Europa era más conveniente. El cemento Portland europeo, además de ser un producto de mejor calidad, al distribuirse también dinamizaba el comercio transatlántico de modo que los mismos barcos eran nuevamente cargados rumbo a Europa

se vio entorpecido con la Primera Guerra Mundial. Lo anterior indujo a que la producción de cemento en los países latinoamericanos mejorara y se extendiera, con inversión estadounidense. La producción latinoamericana de cemento también tiene un nuevo empuje luego de la gran depresión en la década de 1930 en Estados Unidos. Luego se sumarían los estragos causados por la Segunda Guerra Mundial.<sup>54</sup> De este modo, El Salvador produce su propio cemento hasta 1949, sustituyendo en gran medida la importación del cemento Portland.<sup>55</sup> A partir de entonces, la producción de cemento en este país dinamiza la construcción local. El cemento fue visto como una alternativa constructiva por excelencia, aplicada primeramente en las construcciones citadinas, dando un nuevo giro al rostro de las ciudades contemporáneas. Este material se utilizaría en la nueva arquitectura pública y privada, y en la nueva construcción vertical a partir de 1930, dando inicio con la fase Republicano-moderno.<sup>56</sup> Con el tiempo, este material remplazaría las construcciones tradicionales en el interior del país. De este modo, la antigua arquitectura habitacional y pública del San Salvador de antaño fue gradualmente remplazada. Los edificios de madera y lámina, en su mayoría no mayores de dos niveles, fueron demolidos adrede,

con productos locales. Xavier Tafunell, *op. cit.*, pp. 305-306, 308, 302-320.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 302-320.

<sup>55</sup> Holcim, disponible en [<http://www.holcim.com/sv/quienes-somos/historia-holcim-el-salvador.html>]; consultado el 18 de mayo de 2014.

<sup>56</sup> Incluso fue utilizada en la restauración de edificios prehispánicos, como Tazumal y San Andrés, en la misma década. El cemento también fue un método alternativo en la restauración arqueológica en otros países, incluyendo México, Perú y Estados Unidos; Augusto Molina-Montes, *Archaeological Building: Restoration or Misrepresentation, Falsification and Misreconstruction of Pre-columbian Art*, Washington, D. C., Treatise for Harvard University, 1982; Robert W. Preucel y Frank G. Matero, "Placemaking on the Northern Rio Grande. A View from Kuaua Pueblo", en Patricia E. Rubertone (ed.), *Archaeology of Placemaking. Monuments, Memories, and Engagement in Native North America*, California, Left Coast Press, 2008, pp. 81-99.

---

otros fueron consumidos por incendios o derribados por terremotos, de modo que uno a uno eran remplazados por la nueva arquitectura. El *art déco*, el diseño racionalista y la construcción minimalista de cuatro, cinco y hasta ocho niveles remplazaría la arquitectura ecléctica y otros estilos ya iniciada a finales del siglo xix.<sup>57</sup>

A mediados del siglo xx el tranvía ya ha desaparecido, las calles son asfaltadas, se instalan semáforos, y el sistema de autobuses urbanos más el incremento del tráfico vehicular ocupa las angostas calles del Centro Histórico de la ciudad, perfilando en la urbe una nueva faz. El centro de San Salvador luce, a partir de 1950, con un rostro moderno y altamente comercial.<sup>58</sup> Algunos edificios con diseños adoptados a principios del siglo xx —emulando la Europa gótica, neoclasicista y románticista— sobrevivirían la época de la construcción vertical a base de concreto y hierro. Por su parte, la clase pudiente se mueve hacia otros sectores que otrora fuesen áreas rurales, extendiendo los caminos, calles asfaltadas, electricidad y conduciendo el servicio de agua hacia dichos sectores, en donde la clase media también ocupa nuevos espacios.<sup>59</sup> Esta nueva ten-

<sup>57</sup> Según Oscar Monedero —arquitecto e investigador de la Universidad de El Salvador (UES)— hasta aproximadamente 1932 (año del levantamiento campesino), la arquitectura salvadoreña había estado, en mayor medida, en manos de maestros de obra. Algunos de ellos eran verdaderos artesanos, unos que incluso se habían instruido bibliográficamente de autores extranjeros y otros que combinaban sus ideas con el propietario; podría decirse que en muchas ocasiones era el propietario quien “diseñaba”; véase Rafael Tobar [<http://xpressate.net/hablemos-de-arquitectura/>], consultado el 12 de noviembre de 2014.

<sup>58</sup> Véase Jorge Henríquez, “Las plazas que tenemos, vemos y utilizamos”, en *El Salvador Investiga*, vol. 3, núm. 6, 2007, pp. 35-43.

<sup>59</sup> A mediados de 1930, Armando Sol y Ernesto de Sola figuran como los primeros arquitectos salvadoreños graduados en el extranjero, importando nuevas ideas en la arquitectura local, siendo reconocidos como autores de la arquitectura moderna salvadoreña. La arquitectura de De Sola y Sol, visible en varias residencias de clase alta y media de la época localizadas en diferentes puntos del país, pero sobre todo en San Salvador, rompe con el patio central colonial, el cual era hasta el momento considerado una arquitectura ideal para el clima tropical. Estos ar-

dencia de expansión derivada del crecimiento poblacional, también lleva consigo parte del comercio y da lugar al surgimiento de nuevas instituciones en otros sectores de la ciudad. La administración comunal se torna más compleja. Algunas de las antiguas residencias en el Centro Histórico son luego divididas en varias propiedades, y finalmente transformadas en mesones. Con este movimiento urbano se rompe el tradicional patrón ciudadano cargado desde la Colonia y durante toda la fase Republicano-temprano.<sup>60</sup>

Pero la inexperiencia del cemento no contemplaba la resistencia adecuada para soportar movimientos telúricos. El penúltimo gran terremoto, ocurrido el 10 de octubre de 1986, dejó gran parte del Centro Histórico de San Salvador por el suelo. De este modo, la mayoría de los edificios derribados o dañados por dicho evento fueron estructuras macizas a base de cemento, edificadas a mediados del siglo xx. Aquellas grandes armazones de concreto carecían de soportes adecuados, y aparentemente eran erigidas sin estudios previos de resistencia de materiales<sup>61</sup> (figura 4).

arquitectos conciben la inclusión de elementos novedosos, como el vestuario en la puerta principal, desde el cual se distribuyen todos los componentes de la vivienda, mismo que es todavía vigente en la arquitectura contemporánea. Luego vendrían nuevos arquitectos y se crearía la escuela de arquitectura en la Universidad de El Salvador en 1954; véase Rafael Tobar [<http://xpressate.net/hablemos-de-arquitectura/>], consultado el 12 de noviembre de 2014; Manuel Rivas Merino, *op. cit.*

<sup>60</sup> A partir de la segunda mitad del siglo xx, los estilos y formas de vida extranjeras ya habían penetrado en el imaginario ciudadano, filtrándose a través de los medios de comunicación y la nueva tecnología, como el cine y la televisión; véase Manuel Rivas Merino, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>61</sup> Resultado de aquella inexperiencia con el uso del cemento, también es percibido en Tazumal, tras el derrumbe en octubre de 2004 de una sección edificada con este material en 1950. Las posteriores intervenciones arqueológicas realizadas para remover en su totalidad el cemento, demostraron que dicha restauración carecía de vigas de hierro y utilizaba piedras repelladas con hormigón para soportar la construcción. Estas piedras fueron colocadas directamente sobre las estructuras prehispánicas originales. Irónicamente, la conservación del sitio desde aquellas



Figura 4. Aspecto del Centro Histórico de San Salvador luego del terremoto del 10 de octubre de 1986.

No obstante, la hecatombe de 1986 también da una lección de historia en la ingeniería y arquitectura salvadoreña en cuanto al uso del concreto. Una vez más, como en el pasado, se abre paso a nuevas modalidades constructivas, considerando el reforzamiento y estabilidad de futuras estructuras, la aplicación apropiada de materiales constructivos, y la adopción de nuevos diseños arquitectónicos que de algún modo se acoplarían a este suelo movedizo. El crecimiento de la ciudad y la construcción de edificios públicos, después de aquel episodio, fue reorientada hacia otros sectores más seguros dentro o fuera de la ciudad capital. Como efecto adverso, también se abandona de manera parcial el Centro

primeras restauraciones se basaba en conservar el cemento y no la evidencia prehispánica; véase Manuel López, “El monumento arqueológico Tazumal”, en *Boletín Informativo Investigaciones del Patrimonio Cultural*, El Salvador, Impresos Litográficos de Centro América, 1983; Fabricio Valdivieso, “Tazumal y la estructura B1-2. Registro de una deconstrucción arqueológica y nuevos aportes para su interpretación”, inédito, El Salvador, Concultura, 2007.

Histórico de San Salvador, dando lugar a la proliferación de la venta informal y degradación del ambiente urbano. Hoy día, este Centro Histórico es un tema de discusión entre gobierno y sector privado.<sup>62</sup> No obstante, el San Salvador de antaño quedaría bajo los cimientos de las nuevas edificaciones, incluyendo los viejos empedrados en plazas y calles, las caballerizas de las antiguas residencias, los rieles del tranvía, antiguas modalidades constructivas, incluyendo rellenos de nivelación de edificios; y bajo estos antiguos edificios se encontrarían entierros acontecidos en las antiguas instalaciones eclesiásticas. Es sin duda un recurso propicio para la instalación de ventanas arqueológicas en diferentes puntos de la actual ciudad histórica.

El sábado 13 de enero de 2001, a las 11:35 de la mañana, un nuevo terremoto de 7.6 grados Richter, con 45 segundos de duración, es sentido en todo el territorio salvadoreño y países vecinos, afectando gravemente 172 de los 262 municipios de El Salvador. Tal destrucción fue más evidente en casas y edificios públicos de construcciones de adobe y bajareque, así como en las montañas, las cuales ocasionaron cuantiosos derrumbes, sepultando personas y viviendas. En Santa Tecla, antes conocida como Nueva San Salvador, se tiene el desastroso episodio vivido en la colonia Las Colinas, en donde un alud de tierra proveniente de las montañas al sur, que conforman parte de la Cordillera del Bálsamo, cae sobre gran cantidad de hogares de clase media, soterrando a casi medio millar de personas. Un mes después, el 13 de febrero, un segundo terremoto de más de 6 grados Richter es sentido en casi toda la nación y causa nuevos destrozos (figura 5).

A consecuencia de este nuevo episodio sísmico, muchos templos católicos históricos resultan consi-

<sup>62</sup> Fabricio Valdivieso, *Diagnóstico sectorial del patrimonio cultural en la región metropolitana de San Salvador*, estudio elaborado para Secultura, El Salvador, Epyypsa-Lotti-León Sol, 2010; véase también Jorge Henríquez, *op. cit.*





Figura 5. Vista a la Cordillera del Bálsamo y alud de tierra sobre residencias en la ciudad de Santa Tecla. Suceso causado por el terremoto del 13 de enero de 2001. Fotografía de Fabricio Valdivieso, desde el campanario de la desaparecida iglesia Inmaculada Concepción.

derablemente dañados. En algunos casos sufren tal daño que sus encargados se ven o se sienten obligados a derribarlos con la intención de evitar mayores peligros, y dar inicio con las tareas de reconstrucción. De este modo, el entonces Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (Concultura),<sup>63</sup> a través de la Unidad de Arqueología,<sup>64</sup> se encargaría de supervisar y dirigir proyectos de rescate arqueológico en los edificios históricos intervenidos para restaurarlos. Algunos de estos proyectos se extenderían por más de dos años, proporcionando información sin precedente. Así, por vez primera un número considerable de edificios históricos en El Salvador serían intervenidos con actividad arqueológica, junto con trabajos de restauración. Entre estos edificios dentro de San Salvador se incluyen el Palacio Nacional, el Teatro Nacional, el edificio del Coro, y el Castillo de la Policía. En Santa Tecla se tienen intervenciones de rescate arqueológico en el antiguo edificio

<sup>63</sup> A partir de 2009 se conoce como Secretaría de Cultura de la Presidencia (Secultura).

<sup>64</sup> Hoy Dirección de Arqueología de la Secultura.

de la penitenciaria, la parroquia Inmaculada Concepción, y algunas residencias del Centro Histórico de la ciudad. En otras ciudades, la intervención arqueológica es aplicada en los templos de Nuestra Señora de la Asunción (Ahuachapán), San Pedro Apóstol (Metapán), San Miguel Arcángel (Ilobasco), San Andrés (Apaneca), San Antonio del Monte (Sonsonate) y El Pilar (San Vicente), entre otros. En algunas de estas intervenciones participarían también arqueólogos consultores y estudiantes de las carreras de arqueología de la Universidad Tecnológica de El Salvador (UTEC). Con estas intervenciones se logran reconocer tipologías de artefactos, incluyendo cerámica y vidrios, e identificar patrones de enterramiento, sistemas constructivos, arquitecturas y administración de espacios durante los periodos de la República-federal, Republicano-temprano y Republicano-moderno. De este modo se tiene un precedente que permite orientar la arqueología histórica de El Salvador hacia un nuevo territorio de estudio. Se logra así establecer un primer marco teórico para el entendimiento del pasado republicano de la nación. Las estratigrafías y los materiales recuperados también delimitan contextos de acuerdo con cada época. A continuación se expone el resultado de algunos de los rescates dirigidos por el autor entre 2001 y 2008, tanto en inmuebles en proceso de restauración a consecuencia de los últimos terremotos, como en sitios considerados históricos en donde acontecen rasgos de interés (figura 6).

### **Rescates arqueológicos en áreas urbanas: tres casos de estudio**

#### *Caso 1. Iglesia Inmaculada Concepción, Santa Tecla. El hallazgo de un obispo*

La iglesia parroquial Inmaculada Concepción, en Santa Tecla, se pensó como una nueva catedral, luego que el terremoto de 1854 asolará la ciudad



Figura 6. Principales ciudades de El Salvador.

capital. Esta iglesia fue fundada aquel mismo año por el segundo obispo de San Salvador, Tomás Miguel Pineda y Saldaña, quien desde 1875 se supone fue enterrado frente al altar mayor de este templo (figura 7).<sup>65</sup> El terremoto del 13 de enero de 2001 dejó considerables daños al inmueble, el cual fue evaluado por ingenieros estructurales, quienes en fecha 17 de enero las autoridades del templo optaron pronto por derribarlo y dar lugar a los primeros pasos de reedificación de un templo moderno. Cabe decir que irónicamente un terremoto dio origen a este templo, y un terremoto terminó con el mismo.

Los restos del obispo fueron encontrados durante los trabajos de demolición del edificio. Este inusual hallazgo requirió de intervención arqueológica inmediata, lográndose registrar la modalidad de enterramiento de uno de los personajes más célebres del siglo XIX en El Salvador. Sus restos aún vestían sus ornamentos, los cuales yacían en un lujoso féretro de vidrio y madera en el interior de una bóveda. Las labores de rescate se limitarían a seis horas de trabajo arqueológico, lográndose documentar el contexto y artefactos. Lo que a continuación se expone representa una sección del informe final

<sup>65</sup> Anónimo, "Biografía del Ilmo. Y Rmo. Señor Don Tomás Miguel Pineda y Saldaña, Segundo Obispo de San Salvador. Desde su nacimiento en 1791 hasta su promoción al episcopado de Antigua en 1848", cap. 1, inédito, cortesía del Museo de la Ciudad, sin fecha; Roberto Molina y Morales; "Estampas históricas de San Salvador", en *La Prensa Gráfica*, San Salvador; 4, 5, 9, 14 y 18 de diciembre 1945; Roberto Molina y Morales, "Iglesia Parroquial de la Concepción", inédito, 1954.



Figura 7. Obispo Ilmo. Dr. Tomás Miguel Pineda y Saldaña. Retrato al óleo. Cortesía del arzobispado en San Salvador.

elaborado a consecuencia de los rescates arqueológicos realizados por el autor en la ciudad de Santa Tecla, una de las zonas más afectadas por dicho fenómeno natural<sup>66</sup> (figura 8).

#### La tumba de un obispo

Para el 22 de febrero de 2001, el antiguo templo Inmaculada Concepción se encontraba demolido, a excepción de la torre del campanario construida en la década de 1970. Durante los trabajos de remoción de escombros, el tractor arrancó accidentalmente un pedazo de la parte superior de una bóveda de ladrillo localizada en el sector ubicado supuestamente frente al altar mayor donde se encontraron

<sup>66</sup> Fabricio Valdivieso, "Rescates arqueológicos y recopilación de datos históricos de la parroquia Inmaculada Concepción y su contexto urbano en Nueva San Salvador, luego del terremoto del 13 de enero del 2001", informe técnico, El Salvador, Concultura, 2002.



Figura 8. Templo Inmaculada Concepción, Santa Tecla. Década de 1960. Cortesía de la Asociación Museo de la Ciudad.

los restos de Pineda y Saldaña. En esa ocasión los restos estaban conformados por fragmentos óseos entremezclados con tela en regular estado de conservación, y combinando fragmentos de madera y vidrio. Este material se encontraba depositado en el interior de un féretro no muy visible debido a lo limitante de la perforación accidental. Los responsables dieron aviso inmediato al Instituto de Medicina Legal, que remitió el caso al entonces Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (Concultura). El 27 de febrero se presentaron al sitio dos arqueólogos de la Unidad de Arqueología de la misma institución. A primera vista parecía tratarse de un personaje importante (figuras 9 y 10).

Como referencia inmediata se tiene una placa fúnebre, la cual describe en latín el nombre del obispo Tomás M. Pineda y Saldaña, localizada ésta en la otrora primera columna del lado norte en el interior del templo, casi frente al ya retirado altar mayor. Del mismo modo se tienen datos de fuentes documentales que indican que el obispo fundador del templo da testimonio de su deseo por “dormir el sueño eterno a los pies de la Virgen Purísima”.<sup>67</sup> Las referencias también añaden que este individuo fue enterrado en un cajón de cristal, madera y zinc. Este dato fue comprobado, ya que esta fue la única

<sup>67</sup> “Bautismos de la Parroquia de San Pedro Perulapán”, t. 28, pp. 184 y 185, firmado por José Ma. Martínez; dato tomado de Roberto Molina y Morales, “Iglesia Parroquial de la Concepción”, *op. cit.*



Figura 9. Entierro del obispo. En este sector yacía el templo Inmaculada Concepción, Santa Tecla. Las líneas blancas indican el área que ocupó el templo. La flecha señala la ubicación del entierro. Vista desde el antiguo campanario, ahora desaparecido. Fotografía y adaptación de Fabricio Valdivieso.

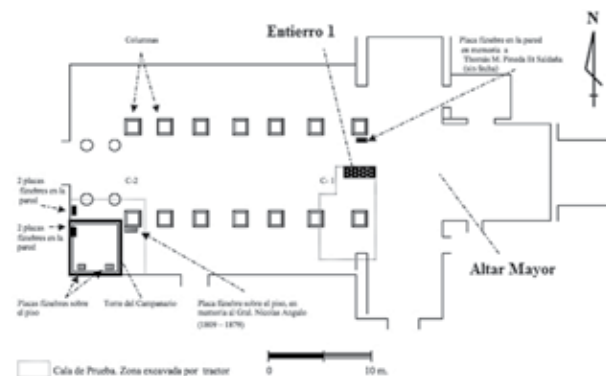


Figura 10. Plano del templo Inmaculada Concepción, Santa Tecla. Dibujo de Fabricio Valdivieso.

tumba existente frente al altar mayor, y con las mismas características proporcionadas por las fuentes documentales del siglo XIX. También fue el único sacerdote cuyo sepelio es registrado en este templo, quedando de este modo claro que el entierro encontrado corresponde a quien fuese el segundo obispo de El Salvador, fallecido la noche del 6 de agosto de 1875, y sepultado el 8 del mismo mes. Por las características del hallazgo, Pineda y Saldaña tuvo honras el día de su sepelio, siendo en este sentido muy admirado y querido por la sociedad del siglo XIX.

### Rescate

Inmediatamente se procedió a realizar un rescate arqueológico bajo las limitantes de tiempo y con recur-

sos extremadamente reducidos. Se extendió la excavación y limpieza del rasgo, con la colaboración de un obrero destacado en la zona, lográndose obtener un mejor detalle del contexto, e identificando del mismo modo los límites del entierro. Se tomaron alturas y medidas y se obtuvieron fotografías, al mismo tiempo en que se elaboraron dibujos, los cuales no pasaron de ser sucintos debido a las circunstancias del caso, motivadas por la presión de los encargados por liberar cuanto antes la zona de trabajo. Se dedicó la mañana y parte de la tarde de ese mismo día para rescatar cuanto antes y en lo posible aquellos restos. Por tratarse de una iglesia, se creía en la posibilidad de encontrar más entierros, por lo que el rasgo fue denominado para la ocasión: Entierro 1. No obstante, fue el único entierro encontrado en el área que ocupó el templo.

En este rescate, las herramientas utilizadas fueron una cámara Fuji Work Record y otra Canon EOS Kiss, cordel, nivel de pita, brújula, cintas métricas de 5 y 50 metros, cuchara para excavar, escobillas, plumones marcadores, bolsas plásticas transparentes, cajas de cartón para clasificación y almacenaje, libreta de campo, clavos y cordel. De este modo se tomaron los datos, para luego extraer los restos colocándolos ya clasificados en las cajas. El material recuperado incluyó vidrio, metal, madera, tela, yeso, osamenta, y otros. Finalmente se elaboró un reporte técnico, y los restos fueron entregados a la parroquia sin mayores estudios.

### Resultados

El entierro se localiza a 196° AZ y 29.80 metros de la arista de la pared oeste de la capilla de la parroquia. Su orientación es de Este a Oeste, misma orientación tenida por el desaparecido templo en forma de cruz latina. Este rasgo se compone de tres partes.

1) *Bóveda*. Refiere a la recámara en la cual se deposita el ataúd o féretro. Esta recámara se tiene en un 90% conservado, a excepción del golpe acciden-



Figura 11. Féretro y bóveda al momento del hallazgo. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

tal ocasionado por el tractor al momento del hallazgo. Dicho golpe le extrajo una porción de su parte superior, permitiendo el contacto del rasgo con la superficie o exterior. Sus materiales constructivos comprenden argamasa de cal y ladrillo rojo. La base o suelo interior se compone de baldosas rojas de 20 x 20 cm por lado, con 3 cm de grosor. Las paredes interiores fueron construidas a modo que cerraran en forma de arco o bóveda. Todo el espacio mide 2.40 m de largo x 80 cm de ancho, con profundidad aproximada de 80 cm a 1 metro.

En general, el entierro presenta 70% de conservación de regular a pésimo estado. La humedad que prevalece en los suelos del llano de Santa Tecla contribuye a que el material orgánico en la tierra se desintegre con facilidad. Sin embargo, la bóveda en que descansaba el féretro contribuyó a aislar buena parte de la humedad, permitiendo que el ataúd y su contenido se conserven de manera relativa (figura 11).

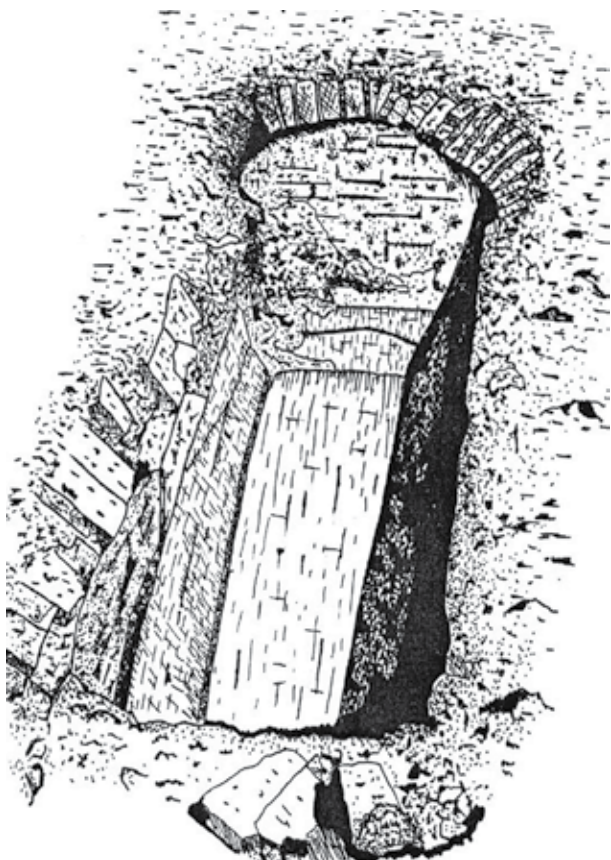


Figura 12. Féretro y bóveda luego de retirados los restos. Dibujo de Fabricio Valdivieso.

2) *Féretro*. Es la caja donde se depositó el cuerpo u osamenta. Este rasgo presenta 75% de conservación. Se trata de una lujosa urna fúnebre de vidrio y madera forrada con tela. En el contorno exterior del féretro se percibe una decoración de yeso color dorado, con ligeros relieves en pésimo estado de conservación. La tela que forra los exteriores de madera se encuentra también en pésimo estado de conservación, en el cual difícilmente se perciben algunos dibujos de flores, con un desgastado color rojo. No fue posible identificar el tipo de tela. El cierre del féretro utiliza un candado muy propio de la época, el cual se encuentra en el lado norte del féretro. El candado posee cerradura al centro, mismo que enganchaba dos argollas de roscas que se atornillaban al madero, cerrando así el ataúd. El arranque del féretro se tiene a 80 cm de profundidad.

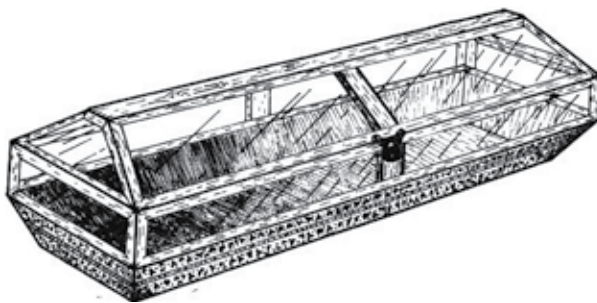


Figura 13. Perspectiva hipotética del féretro. Dibujo de Maximiliano Valdivieso.

La madera generalmente se percibe semidescompuesta debido a la humedad del suelo, pero aún en buen estado. En cuanto al resto de la madera que conformaba la base del féretro, se encontraba en regular estado de conservación, dejándose ver la manera en que dichos restos sujetaban los vidrios que conforman las paredes laterales, sirviendo como mostrador. El fragmento más grande de madera mide 43 cm de ancho por 1.86 m de largo. Las piezas laterales de la parte inferior del féretro son planas y divergentes. Entre la madera se encuentran también clavos forjados, que por lo general miden 7 cm de largo; se recuperaron 20 muestras en regular estado de conservación.

Sobre el cuerpo se encontró un madero largo de 20 cm de ancho, el cual fue parte de la sección superior del mueble, formando el punto de intersección de las hojas de vidrio laterales, a modo que dicha intersección mostrara paredes de vidrio recto convergentes, conformando así la tapa del ataúd. Ninguno de los vidrios se recuperó completo, y varios de éstos estaban sobre la osamenta. Algunos fragmentos largos de los vidrios laterales aún permanecían *in situ* con relación a su posición original, es decir, misma posición tenida al momento en que el obispo fue sepultado. Se tienen vidrios que alcanzan un ancho hasta de 21.5 cm y un largo variable, que no excede las dimensiones del ataúd (figuras 12 y 13).

Cabe agregar que en el exterior del féretro e interior de la bóveda, en la esquina suroeste se

encontró una botella de vidrio adherida a una base de argamasa, la cual se presume pudo contener vino. Esta botella mide 21.5 cm de largo con 6.5 cm de diámetro máximo, y 2 cm de diámetro mínimo.

3) *Cuerpo y ornamentos*. Tal como se menciona en otras líneas, el cuerpo se encuentra en el interior del féretro, con sus ornamentos, orientado este-oeste. Técnicamente se trata de un entierro cuya osamenta se presenta en depósito indirecto, de carácter primario, en posición decúbito dorsal extendido, y denota un estado de conservación que tiende de lo regular a pésimo. Sobre los ornamentos yacen fragmentos de vidrio largos y algunos pequeños en escombros, como parte del féretro colapsado, cubriendo y presionando los restos óseos. La presión del vidrio sobre los ornamentos propició una conservación favorable en los colores y formas de los tejidos, ya que el mismo cristal le protegió de otros contactos dentro del lecho. Estos restos de ornamentos conservados muestran lentejuelas metálicas, hilo metálico, malla decorativa y un traje elaborado con un material similar al terciopelo. La tela muestra dibujos de flores tejidas. El fondo de la misma se percibe de color rojo y café. En otros casos estos textiles se encontraron en mal estado de conservación, al punto que al pretender extraerlos se rompieron, quedando éstos en los dedos del arqueólogo. También se tienen restos del calzado, específicamente el tacón y parte de la suela.

Los restos de ornamentos y los vestigios humanos eran casi inentendibles debido al estado de conservación, en su mayor parte pulverizado en un 70%. También los huesos se presentan de regular a pésimo estado de conservación, percibiéndose algunos huesos largos (como costillas y fragmentos de extremidades), y huesos irregulares en menor densidad. La osamenta se extrajo en bulto junto a los ornamentos, utilizando para esta ope-

ración la colocación de una lámina bajo el cuerpo, y a manera de pala extraer el bulto para luego introducirlo lentamente en dos cajas y finalizar el rescate.

#### Observaciones

Es común aun en nuestros días enterrar sacerdotes con sus ornamentos. Por lo general, los sacerdotes son vestidos con un alba o sotana, luego la estola, y sobre ésta la casulla. Algunos obispos son enterrados con mitra. En el caso de Pineda y Saldaña, se cree que probablemente fue sepultado con solideo, aunque no fue reconocido debido al alto grado de descomposición del material.

Para marzo de 2001, los responsables informan que los restos fueron incinerados y colocados en una pequeña caja especial para trasladarlos a la Catedral Metropolitana, y luego ser trasladados a la nueva iglesia Concepción para ser enterrados nuevamente. Todo esto se da bajo la autorización del arzobispado de San Salvador, a cargo de monseñor Fernando Sáenz-Lacalle.

Aunque no fue posible obtener un análisis detallado de los restos recuperados, en esta oportunidad se logró registrar el patrón de enterramiento de un personaje ilustre en la historia política y eclesiástica de El Salvador. No se logró identificar otros entierros en el sector ocupado por la nave central del templo, por lo que es posible que este obispo fuese el único individuo enterrado en el área. Tampoco fue posible evidenciar construcciones anteriores al templo Inmaculada Concepción, y los rellenos identificados en la estratigrafía no arrojan muestras de artefactos o ripios, como en otros sitios de la misma época. De este modo se puede concluir que Tomas Pineda y Saldaña fue enterrado en un suntuoso féretro de vidrio y zinc, el cual yacía dentro de una bóveda en el primer templo católico construido en la ciudad de Santa Tecla a partir de



Figura 14. Iglesia Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Imagen previa a los terremotos de 2001. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

1854. No obstante, es muy posible que se tengan otros entierros fuera de lo que fue la nave central de este templo primerizo.

En esta oportunidad, el subsuelo del templo Inmaculada Concepción proporciona un panorama pulcro de sectores no transformados por sucesivas construcciones. Este dato puede ser comparado con otros inmuebles de la misma época, los cuales han tenido una intensa actividad constructiva a lo largo de su historia, tales como Nuestra Señora de la Asunción (Ahuachapán) y La Merced (San Salvador) expuestos en los siguientes casos.

#### *Caso 2. Iglesia Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán*

La iglesia Nuestra Señora de la Asunción se localiza en la ciudad de Ahuachapán, cabecera del departamento de Ahuachapán, en el occidente de El Salvador. Esta ciudad se encuentra a pocos kilómetros de la frontera con Guatemala. El departamento de Ahuachapán, así como Sonsonate y Santa Ana, ha sido en los últimos 125 años una de las regiones más ricas en la producción de café en el país (figura 14).

La historia de esta iglesia en Ahuachapán puede trascender los 300 años. Se presume que en este mismo espacio fueron edificados varios templos en diversas épocas, como lo indican las fuentes documen-

tales, entierros y rasgos arqueológicos encontrados en eventuales intervenciones al subsuelo. El actual templo se estima fue edificado entre 1870 y 1880.

Este inmueble tuvo sus primeras intervenciones arqueológicas en 1985, dirigidas por el arqueólogo Paul Amaroli en el sector de la nave central del templo. Amaroli<sup>68</sup> registró por vez primera la estratigrafía del inmueble, recuperó y clasificó artefactos de diferentes épocas, y registró algunos entierros coloniales y republicanos, así como restos de estructuras prehispánicas en la zona.<sup>69</sup>

La últimas intervenciones de restauración y estabilización del inmueble ocurrieron poco después que los terremotos del año 2001 causaran daños al área de la nave central y parroquia. Dichas intervenciones estuvieron a cargo de la arquitecta Berta Marina Meléndez, contratada por el Comité Pro Restauración de la Iglesia Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán. A partir de octubre de 2002, el proyecto incluye asistencia arqueológica dirigida por el autor, con el objetivo de registrar y recuperar toda información relacionada al pasado del templo. De este modo se realizaron dos sondeos arqueológicos en el sector de la sacristía para reconocer la estratigrafía previamente identificada por Amaroli. Así, también se supervisaron todas las intervenciones de suelos realizadas por los restauradores del edificio con el fin de rescatar y registrar información de interés. En un principio, los rescates arqueológicos de 2002 se concentraban en ha-

<sup>68</sup> Paul Amaroli, "Una investigación arqueológica en la iglesia colonial de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán, El Salvador, Centro América", manuscrito, El Salvador, Departamento de Arqueología, Secultura, 1985.

<sup>69</sup> Amaroli reporta la existencia de dos alineamientos de piedras, los cuales podrían representar estructuras prehispánicas o coloniales. De este modo, en aquellas excavaciones, Amaroli detalla que cerca de los 160 cm de profundidad no recuperó tiosos ni obsidias, "lo cual indica que el sitio preclásico debajo de la iglesia quizá no se trata de una construcción monticulada [...], sino de un depósito primario, posiblemente el resultado de la acumulación de los desechos de la antigua vida cotidiana"; Paul Amaroli, *op. cit.*, p. 8.

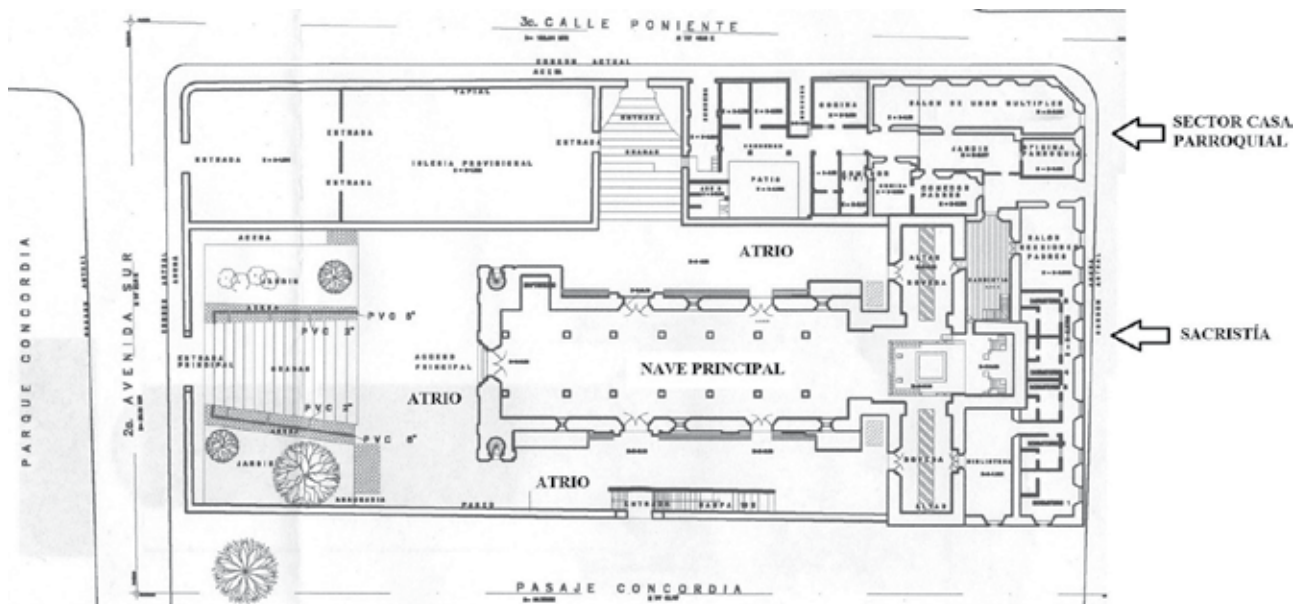


Figura 15. Plano de conjunto del templo parroquial Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo de Berta Marina Meléndez; adaptaciones de Fabricio Valdivieso.

llazgos de restos óseos, resultado de enterramientos en templos anteriores al actual, como se ha dicho. Así se sumaba el hallazgo de cerámica, vidrio y porcelana del siglo XIX. Debido a la frecuencia de materiales arqueológicos acaecidos en cada intervención de suelos, aquella asistencia se transformaría en un verdadero proyecto de rescate arqueológico que duraría hasta finales de 2003 (figura 15).

#### Contexto estratigráfico

Las excavaciones arqueológicas realizadas, incluyendo dos pozos de sondeo, permitieron distinguir dos capas estratigráficas básicas en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán. La Capa I, identificada luego de remover el piso del templo, casa parroquial y sacristía, es similar a la capa identificada por Amaroli en las investigaciones arqueológicas de 1985, con algunas variantes. Esta capa se compone de arena y limo relativamente suelta, con tonalidades cafesosas y blancas, producto de la mezcla de suelos para su compactación. La Capa II se localiza bajo la Capa I, y se compone de tierra café oscura

medio consistente, en cuyo contexto se depositaron entierros de periodos históricos. De este modo, la Capa I corresponde a un relleno empleado para la construcción del templo a finales del siglo XIX y en las últimas décadas de la fase Republicano-temprano, con un espesor variable en diferentes sectores de la iglesia. La Capa II, por su lado, corresponde a un estrato natural intervenido ocasionalmente por osamentas humanas, depositadas antes de 1880, año estimado en que se edificó el actual inmueble, como se explica adelante.

En la Capa I, o relleno, se tienen ripios como material de mezcla utilizados como parte de un sistema constructivo puesto en práctica en la época en que se edificó el actual templo, probablemente como acompañamiento para solidificar o compactar la terracería. Esta Capa I contiene al menos dos subcapas: la subcapa inferior es la que presenta mayor grosor (67.5 cm promedio), y la superior, de 22.5 cm promedio. Estas subcapas, en ambas operaciones, se componen de diferentes texturas y tonalidades. Dichas subcapas se encuentran divididas por una delgada capa de 6.5 cm promedio, compuesta por



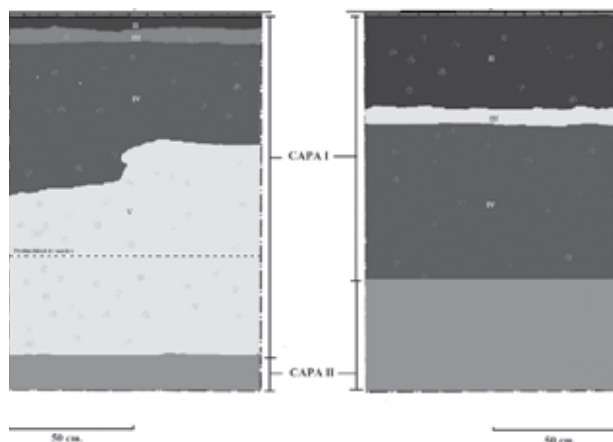


Figura 16. Perfil estratigráfico obtenido del sondeo realizado en el templo Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo de Marlon Escamilla y Fabricio Valdivieso.

un mezcla de piedra pómez, la cual probablemente fue utilizada como aislante (figura 16).

#### Artefactos recuperados

Este relleno reconocido como Capa I posee material cultural mezclado, como se ha dicho, conteniendo fragmentos que en su mayoría incluye huesos de animales, posiblemente utilizado como alimento (figura 17). El material orgánico es seguido en cantidad por alfarería y porcelana doméstica. Se tienen también restos de botellas cerámicas, vidrio, lítica de tradición indígena, incluyendo piedras de moler

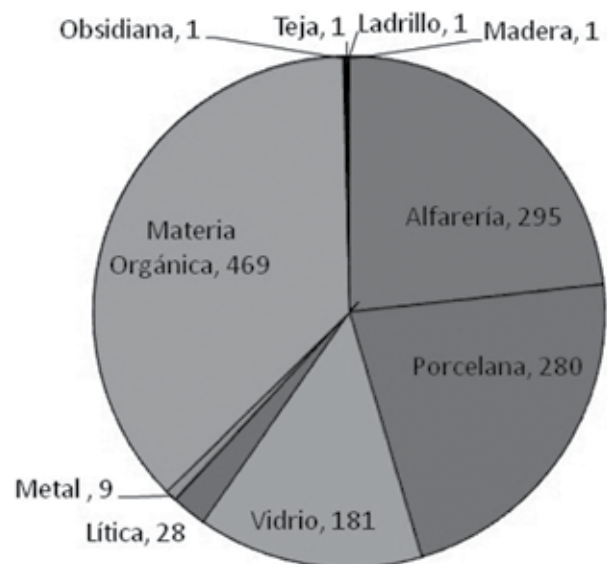


Figura 17. Datos cuantitativos generales del material arqueológico recuperado en el templo de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán.

fragmentadas y una lasca de obsidiana, metal, incluyendo una lata y un candelabro, un fragmento de teja, un fragmentos de ladrillo y uno de madera. Este material en tiempo corresponde con las primeras cuatro décadas de la fase Republicano-temprano (1840-1880). El material recuperado proviene en su mayoría del sector de la sacristía, casa parroquial y atrio (tabla 1). El material cultural y las osamentas encontradas en la Capa I nunca se perciben *in situ*, a excepción de un lote de armas y municiones rela-

| 181

**Tabla 1. Distribución cuantitativa de material arqueológico recuperado en el templo de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán.**

| Material  | Sector casa parroquial |        |          |          |                 | Sector templo |           |           |              | Sector sacristía | Totales |
|-----------|------------------------|--------|----------|----------|-----------------|---------------|-----------|-----------|--------------|------------------|---------|
|           | Pasillo                | Cocina | Corredor | Corredor | Comedor visitas | Altar mayor   | Pared sur | Acera sur | Bóveda norte |                  |         |
| Alfarería | 51                     | 7      | 25       | 30       | 92              | 2             | —         | 2         | 2            | 84               | 295     |
| Porcelana | 32                     | 5      | 28       | 32       | 42              | 2             | —         | 6         | —            | 133              | 280     |
| Vidrio    | 18                     | 4      | 18       | 17       | 32              | —             | —         | 8         | —            | 84               | 181     |
| Lítica    | —                      | —      | 5        | 10       | 11              | —             | 1         | 1         | —            | —                | 28      |
| Metal     | 4                      | —      | —        | —        | —               | 1             | —         | 2         | —            | 2                | 9       |
| Orgánico  | 87                     | —      | 26       | 55       | 44              | —             | —         | 1         | —            | 256              | 469     |
| Obsidiana | —                      | —      | —        | —        | 1               | —             | —         | —         | —            | —                | 1       |
| Teja      | —                      | —      | —        | —        | —               | 1             | —         | —         | —            | —                | 1       |
| Ladrillo  | —                      | —      | —        | —        | —               | 1             | —         | —         | —            | —                | 1       |
| Madera    | —                      | —      | —        | —        | —               | 1             | —         | —         | —            | —                | 1       |
| Totales   | 192                    | 16     | 102      | 144      | 222             | 8             | 1         | 20        | 2            | 559              | 1 266   |

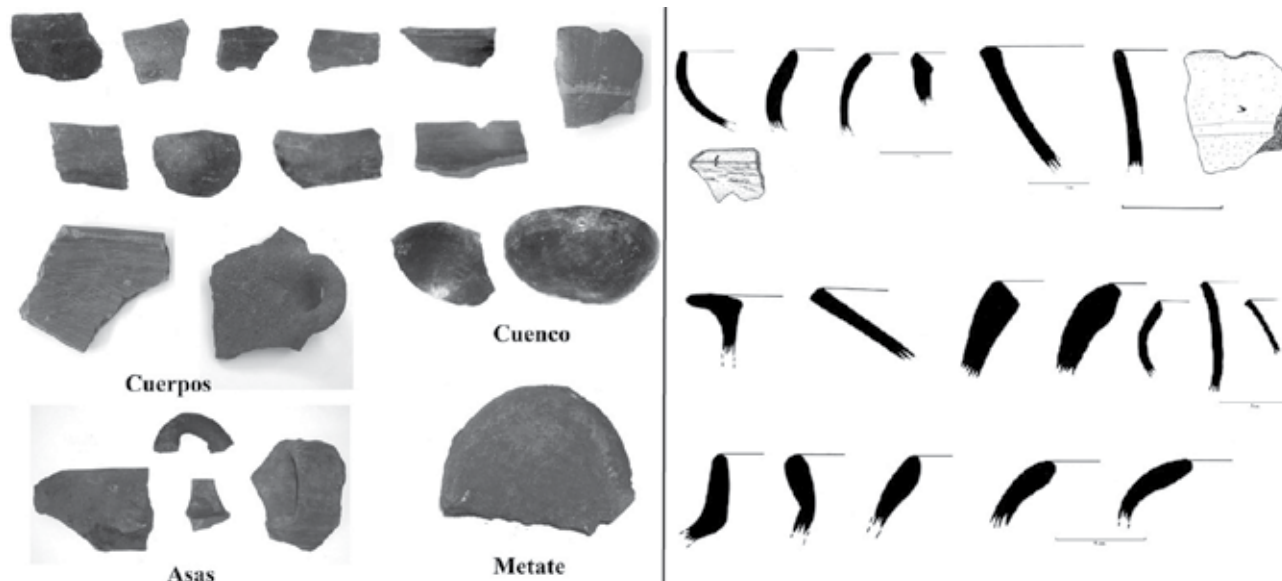


Figura 18. Alfarería y lítica recuperada en Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo y fotografías de Fabricio Valdivieso.

cionadas con incidentes bélicos de mediados del siglo xx dentro de la fase Republicano-moderno.

La alfarería recuperada en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, sugiere manufactura indígena, entre la que se tienen bordes de cuencos, ollas, cántaros y cómales. La gran mayoría de estos fragmentos son burdos y pocos poseen decoración. Se tienen así algunos fragmentos con pintura roja sobre naranja, y otros negros con rojo. Algunos incluyen mica en su pasta, sobre todo los fragmentos burdos, mientras otros se perciben ahumados en sus paredes externas. Esta alfarería ha sido elaborada tanto en tornos como modelados (figura 18). En Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, las asas de algunas ollas son agregadas, mientras que algunos bordes poseen decoración en relieve modelado. Entre la alfarería encontrada se presentan también algunos fragmentos con decoración vidriada en color verde o rojo, parecido a los bañados en plomo de la actualidad. A este juego de utensilios de manufactura local se le agregan también piedras de moler o metates, los cuales fueron encontrados en la primera capa del subsuelo y en las paredes del

templo, utilizados en este último como parte del sistema constructivo del inmueble actual.

Por su lado, la porcelana recuperada es de manufactura foránea, distinguiéndose de la alfarería por su solidez, translucidez y decoración, al tiempo en que ésta es usualmente cocida a mayor temperatura, haciéndola más resistente, siendo a su vez más ligera, con superficie más blanca, más lisa y brillante. Entre la porcelana recuperada se reconocen fragmentos de platos, jarrones, teteras o cafeteras y tazas decoradas (figura 19). La decoración azul y blanco es la de mayor presencia.<sup>70</sup> Otros diseños presentan líneas trazadas y punteadas, fragmentos policromos y bordes decorados con motivos fitomorfos y ramilletes de flores.<sup>71</sup> También se tienen

<sup>70</sup> El azul de la porcelana, en el siglo xix, lo obtenían del cobalto, siendo pintadas a mano, aplicando variadas técnicas de impresión; véase Olivia Barcklay Jones, "De la cerámica inglesa", en *Cerámica inglesa en México*, México, Museo Franz Mayer/Artes de México, 1996, pp. 11-15. El cobalto también se utiliza para dar el color azul a las botellas.

<sup>71</sup> Los bordes decorados con flores y grecas, los centros blancos en los platos, o pequeños motivos centrales, ramos y monogramas, aparecen hasta finales del siglo xix; Ana Paulina Games Martínez, "Un viaje de imágenes", en *Cerámica inglesa en México*, México, Museo Franz Mayer, 1994, p. 30.



Figura 19. Porcelana recuperada en Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo y fotografías de Fabricio Valdivieso.

fragmentos incompletos con algunas leyendas, las cuales sugieren corresponder con casas inglesas.<sup>72</sup>

Respecto al vidrio, entre los fragmentos recuperados sólo un botellín, aparentemente de alguna medicina, se encuentra completo, a excepción de una cala tenida en su boquilla. La mayoría de las boquillas aquí identificadas sugiere el uso de cor-

<sup>72</sup> Se sabe que entre 1780 y 1800 las fábricas de porcelana inglesa producen las primeras vajillas estampadas, decoradas en azul y blanco, los cuales copiaban líneas sencillas y motivos orientales (pagodas, puentes y sauces) y bordes de diseños geométricos de estilo chino, imitando aquella tan codiciada porcelana china. Entre 1800-1815 los diseños en la porcelana empezaron a elaborarse con mayor complejidad. Luego, hasta 1835, el azul fue el color de mayor dominio en la porcelana. Entre 1835 y 1845 aparecen las primeras vajillas de colores, utilizando el verde, morado, sepia y rojo. El azul, por su lado, sigue empleándose de modo tradicional, al tiempo en que lo hacen más difuso (*flow blue*), dando el efecto de tinta corrida; Ana Paulina Games Martínez, *op. cit.*, pp. 25-30.

cho. La forma de las boquillas permite reconocer la utilidad o contenido del frasco: boquillas cerradas contienen líquidos, boquillas abiertas pueden referir a frascos para especias, polvos o medicinas. La mayoría de estas botellas parece haber sido utilizada para licores. Se tienen también fragmentos de botellas de gres (figura 20).

#### El asentamiento prehispánico

Respecto al asentamiento preclásico identificado por Amaroli en el área de la nave central del templo, no se tienen rasgos en el sector de la casa parroquial y la sacristía. El hecho de no percibirse evidencias prehispánicas en las zonas señaladas, permite considerar tres posibilidades: 1) que estos rasgos se encuentren a mayor profundidad de lo excavado (1.50

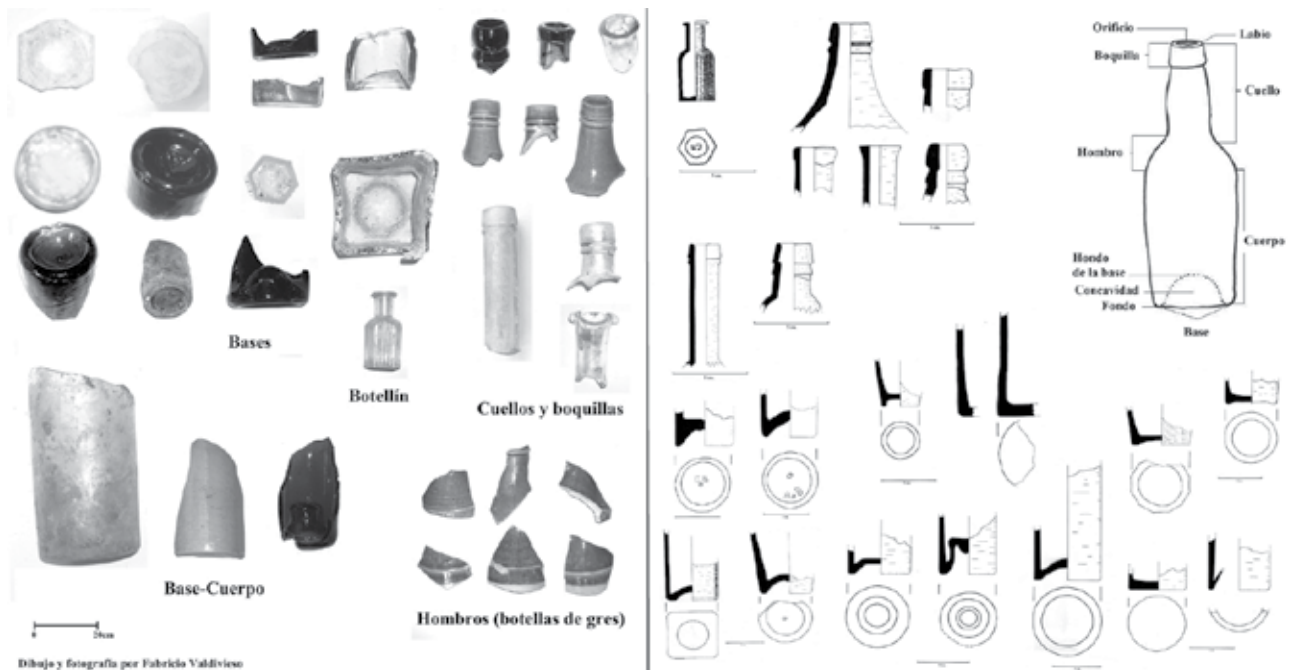


Figura 20. Botellas recuperadas en Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo y fotografías de Fabricio Valdivieso.

cm); 2) que los límites del asentamiento preclásico no se extienden hacia estos sectores, y 3) que estos suelos fueron removidos por los constructores del templo; para explicar esta idea, se debe señalar que el sector de la nave central en donde Amaroli excavó se encuentra en un nivel más elevado que el sector sacristía y casa parroquial; por lo tanto, la profundidad en que Amaroli encontró las evidencias preclásicas varía de las profundidades excavadas en el sector sacristía y casa parroquial, de modo que las excavaciones en estas últimas áreas son relativamente más profundas si su medida se toma desde los suelos del sector del templo. De esta manera se puede creer que de haber existido evidencias preclásicas en el sector casa parroquial y sacristía, éstas pudieron ser removidas por los constructores que modificaron los suelos para las actuales edificaciones, es decir, que los suelos preclásicos pudieron encontrarse en niveles superiores a los contextos aquí identificados.

Los entierros (periodo colonial, República-federal y Republicano-temprano)

Respecto a los entierros de la Capa II, en el sector sacristía se identifican cinco individuos orientados norte-sur, localizados bajo las paredes y pisos de la habitación. En el sector de la casa parroquial se identifican otros cinco entierros, distribuidos bajo la cocina, comedor y jardín, todos orientados este-oeste. Estos entierros corresponden a personas adultas, las cuales se supone fueron depositadas sin ataúd, ya que no fue posible encontrar clavos ni restos de otro material en su contexto inmediato. En detalle, algunos de estos restos posiblemente daten de la Colonia, y otros provengan de la fase República-federal y primeras décadas de la fase Republicano-temprano. En otras palabras, los entierros aquí encontrados corresponden a un templo antecesor, sepultados en el sector del posible antiguo atrio, jardines o patio exterior. O bien, estos restos pudieron ser sepultados en la nave la-

---

teral norte y este de un templo antecesor, aunque en este caso es muy poco probable, porque se cree que los individuos enterrados en el interior del templo tuvieron mayor suntuosidad en dicho acto, algo parecido con algunos entierros encontrados por Amaroli en la nave central, los cuales se orientan con la cabeza hacia el altar mayor. Los entierros identificados por Amaroli en la nave central fueron depositados en la Capa I o relleno, lo cual indica tratarse de entierros más recientes que los localizados bajo la casa parroquial y sacristía. De igual modo, Amaroli señala la carencia de féretros en algunos individuos encontrados bajo el atrio actual en excelente estado de conservación. Cabe señalar que al no encontrarse restos de ataúdes, se cree que los cuerpos fueron depositados envueltos en materiales perecederos, o sin ninguna cobertura más que la vestimenta.<sup>73</sup>

Por su lado, la tierra en la cual yacen los entierros en esta ocasión encontrados, o Capa II, carece de material arqueológico fragmentado. Sin duda estos individuos fueron enterrados en una época en que no se utilizaba porcelana, vidrio y otros ripios como mezcla para la construcción de un edificio. Es decir, para enterrar a un individuo es necesario remover la capa superficial, y luego de depositar el cuerpo se rellena con la misma tierra. En este caso, de corresponder a la época de la actual iglesia, estos cuerpos hubiesen sido enterrados con la misma tierra que extrajeron de la Capa I. Lo anterior hubiese presentado, en su contexto inmediato, tiestos y otros materiales revueltos.

Armas y recámara  
(periodo Republicano-moderno)

En octubre de 2003 las excavaciones de reconocimiento de rasgos culturales y registro de suelos se

<sup>73</sup> Casos similares se tienen en los primeros estratos de otros templos en el interior del país, como Santiago Apóstol (Chalchuapa), San Pedro Apóstol (Metapán) y San Juan Bautista (Nahuizalco), entre otros.

habían extendido hacia el pequeño jardín de la casa parroquial del templo. En esta zona, a no más de 30 cm de la superficie uno de los trabajadores encontró una munición no detonada calibre 7 mm, lo que fue motivo suficiente para concentrar nuestro interés en el reducido espacio donde yacían algunas macetas. De este modo, se trazó una cuadrícula de excavación que cubriera 4.15 m de largo con 1.43 m de ancho al contorno del hallazgo. Para realizar esta excavación fue indispensable contar con el apoyo de un buen amigo y colaborador de la entonces Unidad de Arqueología, Giovanni Zaghini, especialista en armas, quien incorporó un detector de metales a la búsqueda de estas evidencias.

Como resultado, la excavación logró detectar primeramente ocho fusiles de 1.23 m de largo colocados de cuatro en cuatro en direcciones contrarias (este-oeste y oeste-este). Debido a la acidez del suelo, los fusiles se encontraban en pésima conservación, pues carecían de sus partes de madera (como la culata), dando una referencia anticipada del tiempo en que debieron permanecer enterrados. Estas armas aún conservaban las alzas de mira regulables y las argollas en las cuales se enganchaba el portafusil (correa), siendo todavía notorias las puntas de mira y el enganche para la bayoneta. De antemano se constató que se trataba de fusiles de cerrojo con cargador interno para almacenar cinco cartuchos de tiro 7 mm. El cerrojo se tiene a 90 grados del fusil, al mismo tiempo que estos se encontraban cerrados (figura 21).

Al momento de enterrarse, estos fusiles fueron depositados sobre abundante munición, la cual yacía en cajas de cartón cuyos restos todavía se percibían adheridos a los cartuchos. Dichas cajas contenían 20 cartuchos cada una. El estado de conservación de los cartuchos supone un alto grado de oxidación, mientras que otros aún se perciben intactos.

En el mismo contexto, contiguo a los fusiles en el sector oeste, se encontró otro lote de municiones



Figura 21. Fusiles y municiones en su contexto. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

de 7 mm depositado a granel. Consecuentemente, a 85 cm de distancia hacia el sector este se obtuvo un tercer lote de municiones, también depositado a granel. Toda la munición encontrada nunca fue detonada. En este último rasgo, entre los cartuchos de munición curiosamente se encontró una afeitadora metálica de dos piezas y una pequeña medalla de la Virgen de la Milagrosa.

Al concluir la excavación se contabilizó un total de 1 391 cartuchos de municiones de 7 mm, sumado a los ocho fusiles de cerrojo, cada uno con sus accesorios, incluyendo la placa de culata y gancho de cincheta trasera. El análisis de Zaghini permite considerar que estos fusiles son de manufactura española de la fábrica Oviedo, cuyos modelos se produjeron entre 1909 y 1910, los cuales eran distribuidos en Latinoamérica a lo largo de la primera mitad del siglo xx.

También se tiene el hallazgo de una recámara subterránea, posiblemente relacionada a la época de las armas (figura 22). Dicha recámara se localiza bajo la sacristía de la misma casa parroquial, a pocos metros del jardín. Se trata de una curiosa habitación cuya profundidad oscila los 3.81 m, en un área de 2.5 m de largo que corre de norte a sur, y 1.30 m de ancho de este a oeste. Esta oscura recámara se presenta como una bóveda de cañón sostenida por columnas con detalles arquitectónicos ornamenta-



Figura 22. Recámara subterránea en el sector sacristía durante la restauración del templo de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

les, y cuya área total la componen tres espacios formando una T. A dichos espacios les denominamos: ala norte, ala sur y centro (figura 23).

Una de las paredes en el ala norte contiene dos nichos, cuya función es desconocida, posiblemente escondrijos. En la misma ala se tiene una perforación o pequeño pozo, en cuyo interior se encontró un antiguo candelabro decorado con una cruz soldada en hierro. Mientras tanto, en el ala sur, en la parte superior de la bóveda se tiene un orificio, el cual traspasa la pared hacia el exterior, sugiriendo un respiradero o entrada de aire.

Nadie pudo proporcionar información relacionada con esta habitación, de modo que su función es desconocida. Algunos creemos que esta recámara se trata de un escondite. Su construcción denota detalles arquitectónicos vistos en edificios con arquitectura adoptada en la primera mitad del siglo xx. No obstante, también se reporta que en aquella época, por los años de 1930, se realizaron algunas remodelaciones al inmueble, las cuales posiblemente dieron lugar a la construcción de este espacio secreto.

El fusil Oviedo se conoce como máuser español.<sup>74</sup> En esta versión, España tomó como base el fusil máuser alemán producido en 1893, siendo

<sup>74</sup> El máuser español es un arma utilizada en la guerra civil española, preámbulo de la Segunda Guerra Mundial, siendo éstos

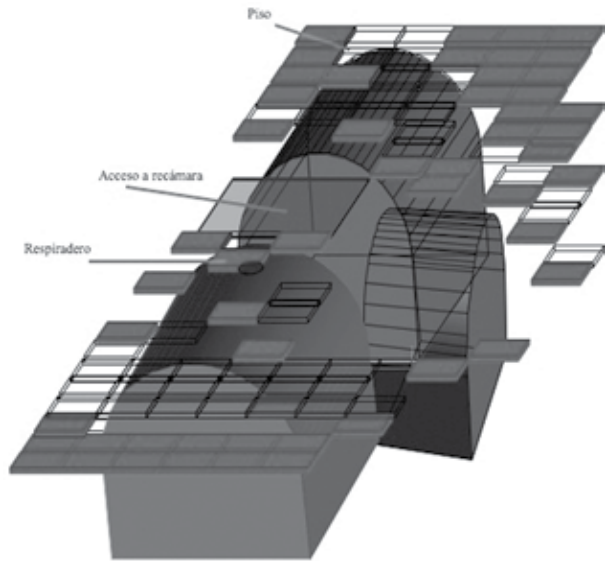


Figura 23. Hipotético explicativo del interior de la recámara del templo de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo de Fabricio Valdivieso.

este último el precursor del cerrojo. El máuser alemán era el arma oficial utilizada por el ejército de El Salvador en la primera mitad del siglo xx, mientras que el máuser español era distribuido en países como México, Brasil y Uruguay. En Centroamérica fue utilizado por Guatemala. La diferencia entre el máuser alemán y el español es determinada por la posición del cerrojo, un dato muy importante que permite algunas interpretaciones. De este modo se desprende la posibilidad de que, por tratarse de una ciudad fronteriza con Guatemala, sumado a la inestabilidad política de la época, este armamento debió venir de Guatemala para reforzar grupos insurgentes en El Salvador. A nivel de especulación, esta recámara pudo haber sido construida años antes, durante las restauraciones de 1930, posiblemente con algún objetivo relacionado al caos político de aquellos años. La modificación del templo, en este los más robustos y avanzados de su época. Este fusil era muy preciso y potente, algo muy importante para la infantería. Los máuser constituyen un sistema de repetición para cinco cartuchos y uno en la recámara, siendo sus partes principales un cañón de tres cuerpos escalonados, unidos por medio de roscas al cajón de los mecanismos de alimentación en su interior, el mecanismo de disparo y los elementos de seguridad y puntería, y finalmente la caja y el guardamano de madera.

caso, parece remitir a considerar al papel tenido por la Iglesia católica durante la confrontación social en esta etapa de la historia salvadoreña, misma época que define el paso de la fase Republicano-temprano al Republicano-moderno.

### El templo y su transformación

De este modo, las fuentes históricas apuntan a que el actual templo fue edificado entre los años de 1870 a 1880, teniéndose, antes de esa fecha, sucesivos templos en esta misma área.<sup>75</sup> Dichos templos, en un principio, se presume fueron edificados con materiales perecederos, y luego, para finales del siglo xviii, según se reporta, se utiliza piedra, adobe, madera y teja, y se tiene una casa parroquial en el área.<sup>76</sup> Dichos templos fueron más pequeños que el actual, y mientras más retroceden en el tiempo se cree que estas edificaciones fueron más ordinarias.<sup>77</sup> El agrandamiento o edificación de nuevos templos se debe, entre otras razones, al crecimiento de la po-

<sup>75</sup> Se cuenta con una primera investigación documental inédita realizada por Joaquín Salaverría y Miguel Sánchez en 1985, quienes revisaron el Archivo General de Centro América en Guatemala (AGDCA), y el Archivo del Convento de la Iglesia de Ahuachapán (ACIA). Así también, Salaverría y Sánchez revisaron el Archivo de la Curia Metropolitana y el Archivo General de la Nación, ambos en San Salvador.

<sup>76</sup> Según Joaquín Salaverría y Miguel Sánchez ("Libro de Bautismos de 1796 a 1798"), el entonces párroco de Ahuachapán reporta que un incendio arrasó la casa pajiza parroquial. Dicho incendio se debió, según la referencia, a un cohete disparado en una de las misas. De este modo se cree que aquella casa estuvo anexa al templo.

<sup>77</sup> En un reporte municipal, del 24 de octubre de 1858, se menciona para Ahuachapán, que aquella villa constaba de un "[...] plano ligeramente inclinado al O, compuesta de tierra café barrosa; su superficie es desigual, y sus calles torcidas y mal empedradas. Tiene una iglesia cubierta de teja sin capilla, donde se venera la bellísima y consagrada imagen del Dulce Nombre de Jesús; su cementerio colocado a Barlovento [...]"; Jorge Lardé y Larín, *El Salvador, pueblos, villas y ciudades*, El Salvador, Ministerio de Cultura (Historia, 3), 1957, p. 39. La iglesia mencionada es sin lugar a dudas la de Nuestra Señora de la Asunción, puesto que es la única que se tenía. La iglesia El Calvario, segunda en la ciudad, se construyó hasta finales del siglo xix.

blación, al desarrollo social y económico del pueblo con el auge del café, y el protagonismo político de la Iglesia a través del tiempo, sin olvidar los desastres naturales que motivan a nuevas edificaciones.

La primera nota de un templo en Ahuachapán se tiene en el año de 1695, sin que se precise la ubicación del mismo dentro del asentamiento.<sup>78</sup> No obstante, nos apoyamos en la hipótesis que dicha iglesia siempre estuvo en el área actual. Según fuentes históricas, para principios del siglo XVIII Ahuachapán fue declarado “el pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Aguachapa”,<sup>79</sup> denominándole a su iglesia como tal, considerando esto un único testimonio del templo en la urbe, llegando hasta la actualidad con su nombre original y siendo siempre el templo de mayor importancia en la localidad. Las excavaciones de Amaroli demuestran un posible atrio rústico y un atrio bien conservado anterior al actual.<sup>80</sup>

En este sentido, los templos aquí edificados se presume tuvieron áreas verdes o atrios en su contorno, los cuales eran ocupados como zonas de enterramientos. Sin embargo, en el sector del pasillo contiguo al comedor y cocina de la casa parroquial, en estas últimas excavaciones se identificó un empedrado, el cual puede sugerir restos de aquel antiguo atrio.

Es posible que los templos anteriores tuvieran un nivel más bajo que el actual. De hecho, el nivel de la nave norte del actual templo es más elevado que la sacristía. Este último sector se encuentra al nivel de la calle, mientras que el resto del templo tiene un relleno que lo eleva partiendo de las graderías en el acceso principal del sector poniente.

<sup>78</sup> AGDCA, A3.16.4. leg. 535, exp. 5983, revisado por Joaquín Salaverría y Miguel Sánchez. Este documento hace referencia a una tasación de los indios tributarios del pueblo de Ahuachapán. En ese mismo expediente se hace mención de la ya existente plaza pública y cabildo.

<sup>79</sup> AGDCA, A1.10217. leg. 1573, exp. 10217, revisado por Joaquín Salaverría y Miguel Sánchez.

<sup>80</sup> Paul Amaroli, *op. cit.*, p. 8.

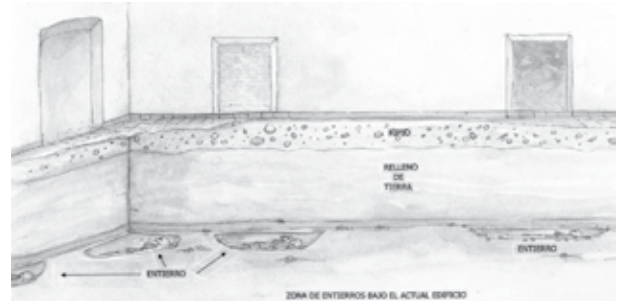


Figura 24. Hipotético explicativo de contenido del subsuelo en la casa parroquial del templo Nuestra Señora de la Asunción, Ahuachapán. Dibujo de Claudia Alfaro.

Sin embargo, no se descarta la existencia de ciertas elevaciones en las anteriores edificaciones. Amaroli concluye, con base en sus hallazgos, que el antiguo atrio consistía en una serie de gradas elaboradas mediante ladrillo y empedrados. En una fecha desconocida, agrega Amaroli, ésta fue cubierta por cantidades de relleno para crear un atrio más amplio.

En síntesis, mientras construían el actual templo, se cree que al rellenar el área los constructores removieron la superficie del atrio o patio trasero aquí supuesto, y colocaron el relleno,<sup>81</sup> mismo que contiene artefactos de la época, sin que dicho relleno tocara los cuerpos. Incluso podemos afirmar que esos constructores removieron el suelo hasta llegar al ras de los entierros, posiblemente sin percibirlos; luego levantaron la estructura dejando esos cuerpos bajo los pasillos, habitaciones, puertas, salones y muros de la actual edificación (figura 24).

### *Caso 3. Iglesia El Rosario, San Salvador. Exhumación del primer presidente de la República Federal de Centroamérica*

Según *La Gaceta del Salvador*, correspondiente al 17 de diciembre de 1847, el general Manuel José Arce y Fagoaga, quien fuera el primer presidente de la República Federal de Centroamérica y fundador de la Fuerza Armada de El Salvador, murió el 14 de diciembre de ese mismo año, a la edad de 60 años

<sup>81</sup> También Capa I identificada en la estratigrafía.



(figura 25). El deceso ocurrió en casa del general Fermín Paredes, ubicada frente a la Administración de Rentas, en el barrio La Vega, de San Salvador. Los restos mortales de Arce y Fagoaga fueron sepultados frente al altar mayor del antiguo templo La Merced, localizado en la 10a. avenida Sur y 6a. calle Oriente, en el Centro Histórico de San Salvador.

La edición del 5 de septiembre de 1978 del periódico *El Diario de Hoy* reporta que los restos de Arce y Fagoaga fueron exhumados, sin que el reportero lograra conseguir mayor información referente a motivos o detalles de la actividad. Las fotografías de aquella exhumación, archivadas en la Secretaría de Cultura (Secultura), tienen fecha de los meses de abril y mayo del mismo año. Para 1978, la sepultura se localizaba en el sector sureste de la actual iglesia La Merced. En esa fecha, los restos del prócer fueron removidos para ser trasladados a una capilla edificada en el sector sur del templo, la que luego fue conocida como “capilla cívica”, frente al Cristo Crucificado, en la cual yacía una lápida alusiva al prócer.

En 2002 el gobierno propuso el proyecto de edificación del Monumento a los Próceres Nacionales y Plaza Memorial en las instalaciones del cuartel El Zapote, en el barrio de San Jacinto, al sur de la ciudad de San Salvador. Con este proyecto se exhumarían algunos próceres, los cuales serían enterrados en la referida plaza. La oportunidad sería aprovechada para conocer patrones funerarios y registrar, mediante la técnica arqueológica, todo detalle de la célebre tumba. De este modo, la figura de “exhumación” adoptó el tono de “rescate arqueológico”, tal como se expone a continuación. Los restos de Arce y Fagoaga fueron exhumados el 4 de septiembre de 2002, siendo ésta la segunda exhumación conocida realizada desde 1978.

Durante toda la actividad, el equipo de exhumación estuvo rodeado por una elegante escolta o guardia de honor conformada por cadetes de la Escuela

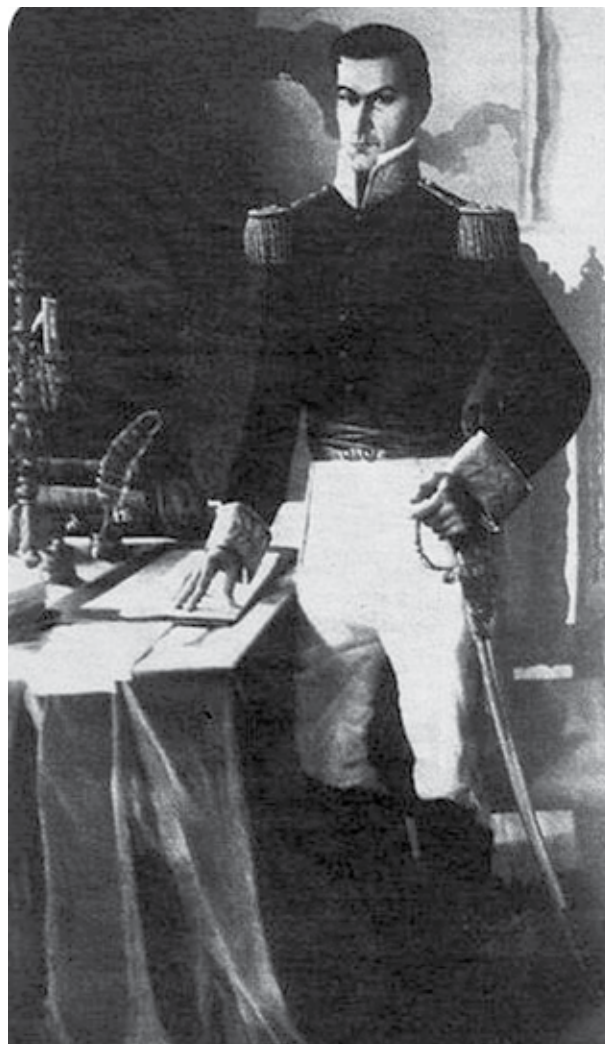


Figura 25. General Manuel José Arce y Fagoaga. Cortesía de Secultura.

Militar “Capitán General Gerardo Barrios”, quienes se apostaron al contorno del área de actividad y sector de la sepultura, hasta el acceso al templo.

## Resultados

Técnicamente se trata de un entierro secundario, indirecto, cuya osamenta se percibe envuelta en tela y otros materiales, los cuales componen parte de la indumentaria del individuo, rasgo que se denomina “bulto”. Éste se encuentra en el interior de un féretro moderno putrefacto, el cual colapsó

sobre los restos. El féretro se localiza en el interior de una bóveda de cemento, la cual contiene una ligera fuga de agua. Ésta fue la causante del acelerado proceso de deterioro del féretro, a la vez que contribuyó al daño del contenido del bulto al que se hace referencia, permitiendo que el material óseo se pulverizara, el metal se oxidara aceleradamente, y el cuero y tela se pudrieran. Sin embargo, se extrajeron muestras en pésimo estado de conservación. Luego se logró extraer restos del féretro y se seleccionó el material útil para muestreo, según el procedimiento planificado (figura 26).

La mayor parte del material óseo, tanto pulverizado como semicompleto, se colocó en un nuevo féretro lujoso. En este nuevo féretro, de pequeñas dimensiones, se tiene un revestimiento metálico en su interior, el cual permitirá que los restos del prócer se conserven por mucho más tiempo. Los restos permanecieron en capilla ardiente en la escuela militar "Capitán General Gerardo Barrios", hasta mayo de 2004, siendo trasladados al recién inaugurado Monumento a los Próceres Nacionales, localizado en el interior del cuartel El Zapote-Museo Militar.

No se tiene dato de alguna exhumación realizada a los restos antes de 1978. Muchos consideran que la exhumación de 1978 fue la primera intervención a los restos del prócer, desde 1847. De ser así, con un registro arqueológico en aquel momento, se hubiese tenido nota de anteriores intervenciones, saqueos, o en caso de encontrarse *in situ*, se tendrían datos precisos relacionados con la orientación del entierro, modalidades funerarias o ceremoniales, forma del féretro, vestimenta, materiales contenidos tanto en el interior del ataúd como en el individuo y posición de objetos, entre otros. No obstante, se carece de toda esta información.

En esta ocasión, los restos recuperados aún carecen de estudios detallados en laboratorio. Estudios de ADN podrían confirmar si en realidad el cuerpo encontrado en esta ocasión se trata del emblemático primer



Figura 26. Restos óseos del general Manuel José Arce y Fagoaga al momento de abrir el féretro. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

presidente de la República Federal de Centroamérica. No obstante, según las muestras recuperadas, es evidente que este individuo portaba indumentaria de lujo. Con base en el tipo de botón, de aproximadamente una pulgada de diámetro, éste sugiere pertenecer a un traje con cierres suntuosos. Así, los restos de caponas sugieren cierto rol en la sociedad. Las fuentes históricas, la lápida y el carácter de la indumentaria del individuo suponen corresponder al general Manuel José Arce y Fagoaga.

#### El prócer en un contexto transformado

Un aspecto importante a considerar es la trayectoria histórica en el uso del espacio que hoy ocupa la actual iglesia La Merced, siendo esta última una construcción moderna. Primeramente este espacio fue ocupado por la iglesia y parroquia Nuestra Señora de La Merced erigida por la orden de los mercedarios en 1631.<sup>82</sup> No hay datos claros de cuántas iglesias debieron sustituir aquel primer edificio durante la Colonia. Sin embargo, se sabe que aquella iglesia de las primeras décadas de la República es conocida ya como La Merced, siendo dañada por los terremotos de 1854 y 1873, lo que condujo a su demolición. Luego, en este mismo lugar se construyó un nuevo templo de lámina y madera. El segundo templo fue de

<sup>82</sup> Gustavo Herodier, *op. cit.*, p. 361.

---

nuevo dañado por el terremoto de 1917, demolido y remplazado por una tercera edificación. Esta última también fue remplazada por un cuarto templo en 1970, mismo que resultó dañado por el terremoto de 1986, teniendo sus últimas remodelaciones en 1995.<sup>83</sup> De este modo, la iglesia en la cual fue enterrado el prócer en 1847 ya no existe, y los suelos en este espacio aparentemente han sido alterados en varias ocasiones. Aunque no se puede afirmar, es muy posible que estas construcciones sucesivas en La Merced debieron encontrar entierros coloniales y republicanos. Más aún: el supuesto entierro de Arce y Fagoaga encontrado en 1978 pudo haber sido tocado por alguna de las reedificaciones anteriores. Podríamos creer que los constructores de los diferentes templos debieron de algún modo respetar los restos del prócer, y los diseños de los templos parecen haber seguido la misma orientación que el primer edificio. O por el contrario, los restos de este personaje fueron removidos y readecuados a la posición del altar mayor de los nuevos templos. El hecho es que el entierro encontrado en 1978 aún se mantenía frente al altar mayor de la iglesia moderna.

Las evidencias materiales recuperadas en 2002 fueron pocas, si consideramos la posibilidad de atuendos de un general de la época y prócer de la nación. Lo anterior puede deberse a que en la supuesta primera exhumación en 1978, o mucho antes posiblemente, se saqueó la mayor parte del material contenido en el referido entierro.

## Resultados generales

### *Contextos transformados en inmuebles históricos*

Los casos citados en este artículo dejan una enseñanza en la práctica de la arqueología histórica en ciudades que han experimentado cambios urbanos

<sup>83</sup> Información proporcionada por el proyecto de Inventario de Bienes Culturales Inmuebles, Secultura.

intensos a lo largo del periodo Republicano. Los terremotos son el detonante para que esta transformación de inicio a un nuevo episodio de renovación física en las ciudades afectadas. De este modo, el cambio arquitectónico implica un nuevo uso de los espacios, poniendo a prueba la interpretación de los hallazgos arqueológicos en contextos intensamente transformados. En el caso de la Iglesia católica, esta institución ha tenido un papel protagónico en la sociedad salvadoreña desde la Colonia. El crecimiento de la comunidad católica también es un factor influyente en la edificación de nuevos templos al paso del tiempo. Los terremotos justifican la demolición y reedificación de templos más grandes y sólidos para soportar el impacto de los fenómenos naturales. Por lo tanto, la construcción, demolición y posterior reconstrucción de un templo se verá como un ciclo incesante de transformación de los espacios a lo largo de la historia del inmueble. Las intervenciones aquí expuestas han demostrado que el subsuelo de muchos templos católicos puede llegar a contener remanentes arqueológicos importantes que permitan conocer el pasado inédito del inmueble y de la misma institución eclesiástica. Bajo esta perspectiva, los solares que ocupan estas iglesias pueden ser vistos y tratados como verdaderos sitios arqueológicos-históricos.

Los tres casos aquí expuestos dejan también una lección en cuanto a las lógicas de búsqueda e interpretación de evidencias arqueológicas en inmuebles históricos fuertemente transformados. La fuente documental y antiguos planos son en estos casos instrumentos supremos antes de emprender cualquier excavación en dichos espacios. No obstante, en el caso de las iglesias muchas veces el investigador encontrará la carencia de fuentes documentales y registros que permitan reconocer la relevancia histórica de cierto inmueble. De este modo, la observación crítica al entorno se hace indispensable. Primeramente, la importancia histórica de un tem-

plo en la urbe puede entenderse al evaluar el tamaño del solar ocupado, el volumen de la edificación, su arquitectura, el número de entierros contenido en determinado templo y los personajes célebres que yacen enterrados en cada inmueble.

En primera instancia, un plan de investigación consistiría en comprender las dimensiones y orientación de las iglesias u otras estructuras desaparecidas dentro del área, y con esta información pretender localizar rasgos arqueológicos de interés en el actual solar. De este modo se ve la necesidad de comprender las construcciones antecesoras dentro del solar, las cuales incluirían el área de los antiguos atrios y jardines, posiblemente ocupados en la actualidad por nuevos establecimientos, incluyendo comercios o residencias. Así, la intervención arqueológica en una ciudad de constante renovación implica encontrar contextos arqueológicos complejos en el subsuelo de algunos inmuebles. Dichos contextos pueden verse traslapados, alterados, o superpuestos, siendo un obstáculo en la interpretación histórica del edificio y el entendimiento de los rasgos acaecidos.

En cuanto a los hallazgos arqueológicos en iglesias en El Salvador, por lo general el patrón funerario ha sido el de mayor presencia.<sup>84</sup> Se ha dicho

<sup>84</sup> Por lo general, la actividad de investigación arqueológica en El Salvador ha proporcionado muestras interesantes de patrones de enterramientos y artefactos extraídos de templos, como Santiago Apóstol (Chalchuapa) y San Juan Bautista (Nahuizalco); ambos proyectos fueron dirigidos por la entonces Unidad de Arqueología, bajo la dirección del arqueólogo José Vicente Genovés, en 1997; San Miguel Arcángel, de Ilobasco, asistido por el autor en 2005; El Pilar en San Vicente, en un proyecto dirigido por el arqueólogo Fabio Amador en el año 2003; entre otros casos. Incluso en el subsuelo de la Catedral Metropolitana, en un proyecto dirigido por Blas Román Castellón Huerta (*op. cit.*), en 1994 se dio el curioso hallazgo de un entierro colonial, siendo muy probable que éste refiera a un eclesiástico del antiguo convento de Santo Domingo. Este rasgo se acompañaba de ofrendas compuestas de vasijas, cuya decoración y forma presentan motivos nativos, sugiriendo la práctica de costumbres indígenas en rituales cristianos. Todos estos informes inéditos pueden encontrarse en las oficinas del Departamento de Arqueología de Secultura en San Salvador.

ya que las iglesias eran cementerios hasta entrado el siglo XIX. Esta actividad de enterramientos en el contexto de un templo católico es practicada desde los primeros años de la Colonia hasta ya entrado el periodo Republicano-temprano. Al paso del tiempo, las múltiples epidemias y desastres motivaron el aumento de entierros en las iglesias. Así, en 1844 el Estado incluso prohibió sepulturas en las mismas por razones de salubridad pública y decencia; sin embargo, siempre se continuó enterrando por el pago de cierta cantidad de dinero, lo cual serviría para la construcción de cementerios en cada pueblo.<sup>85</sup> La creación de cementerios vendría también a suplir la demanda de enterramientos para nuevos sectores religiosos, ateos y suicidas, absorbido por el ideal liberal ya consolidado en la segunda mitad del siglo XIX. Surgen así dentro de los cementerios la construcción de capillas y monumentos de identidad para ciertos sectores religiosos y sociales. En muchos casos, las familias pudientes dentro del campo santo son identificadas de acuerdo con el volumen y arte en sus mausoleos. De este modo, los cementerios tendrían también una transformación física tras la nueva faz política surgida en el Republicano-temprano. No obstante, la práctica de enterrar en las iglesias continúa en menor escala durante el Republicano-moderno, algunas con el uso de criptas.

Generalmente, cuando una estructura es demolida para dar lugar a una nueva edificación, el registro de entierros en el área se pierde, removiendo lápidas y tal vez removiendo los mismos entierros durante la nivelación de suelos para la nueva estructura. Es posible también que algunos entierros de los antiguos templos aún permanezcan en la zona, pese a cualquier construcción en el área. Dichos entierros quedarían sepultados bajo una nueva capa de relleno o concreto en diferentes sectores del actual edificio, o incluso bajo el piso de inmuebles ad-

<sup>85</sup> Véase Rodolfo Cardenal, *op. cit.*

---

yacentes, calles o parqueos. Cuando un templo es demolido y reedificado, por lo general los entierros acacidos en el templo anterior quedan en el anonimato o relegados al olvido. Muchas veces, dentro de la nuevas iglesias se seguirán practicando enterramientos, incorporando así nuevos entierros al contexto de los entierros anteriores. En un cuadro arqueológico, estos contextos se verán traslapados con entierros de diferentes épocas en un mismo espacio y nivel subterráneo. Por su lado, los folios históricos, en caso de que los hubiese, harán referencia a determinados individuos enterrados en el templo antecesor, por lo común sin detalles de su ubicación o rasgos funerarios que permitan identificarlos. En algunos casos, los testamentos de ilustres, e incluso algunos periódicos de la época, hacen referencia a la ubicación de determinado entierro dentro del inmueble.

Los planos a detalle relacionados con los templos anteriores permitirían ubicar las naves centrales y laterales, o áreas de mayor potencial de enterramientos en los antiguos edificios, y así tener una idea de dónde buscar o excavar en el actual inmueble. En algunas iglesias, los atrios también eran áreas de enterramiento. Se tienen casos que permiten señalar un número estimado de entierros, hasta el grado de ascender éstos y sobrepasar posiblemente los 200 individuos en un área reducida o definida por los límites estructurales del inmueble. Tal es el caso del templo Nuestra Señora de la Asunción, en Ahuachapán, en donde los entierros incluso se extienden por debajo de la casa parroquial y sacristía adyacente a este inmueble.

En el caso de la iglesia Inmaculada Concepción demolida en 2001, ésta fue la primera iglesia edificada en dicho solar; por lo tanto, no se tienen alteraciones de suelos previas a dicha construcción en 1854. Lo anterior fue comprobado por las calas arqueológicas practicadas en el área durante el rescate y la revisión de fuentes documentales. En este

sentido, el templo Inmaculada Concepción, tras ser demolido por vez primera para dar lugar a un nuevo templo, permitió el registro de un entierro importante. Este caso nos recrea lo que en otras épocas debió suceder en otros templos, en donde los constructores debieron remover suelos para las nuevas edificaciones, posiblemente aflorando algunos entierros sin que aquellos rasgos fuesen reportados o atendidos por expertos. Por ejemplo, el solar que ocupa la actual iglesia La Merced, en San Salvador, se sabe que albergó otros edificios desde 1631. Es posible que la remoción sucesiva de suelos para dar lugar a nuevas construcciones en el solar de la referida iglesia pudo remover también entierros y rasgos arqueológicos de diferentes épocas.

El conocimiento sobre la ubicación de altares y otros muebles dentro de las iglesias anteriores sería clave para determinar una excavación. Según fuentes documentales, algunos personajes son enterrados frente a determinado altar o santo localizado en alguna de las recámaras o naves laterales de los templos antecesores. Por ejemplo, el lugar donde estuvo el altar mayor es una referencia para encontrarse con el obispo Tomás Pineda y Saldaña en Inmaculada Concepción, o con el prócer Manuel José Arce y Fagoaga en La Merced, siguiendo las fuentes históricas. Sin embargo, se advierte que la ubicación de muebles, como altares o santos, en general no son añadidas a los planos, por lo que cualquier excavación en contextos transformados sería al cálculo y al azar. Así, la ubicación de naves laterales o recámaras de los antiguos templos en el solar del templo actual pone un grado más de dificultad para la ubicación precisa de determinado entierro o rasgo. Aquí entra el criterio en cuanto al tamaño, orientación y disposición de los espacios del templo anterior, y evitar entraparse con las dimensiones de anteriores templos, las cuales pueden confundir al investigador. En el caso de la iglesia Inmaculada Concepción, en Santa Tecla, el templo había des-

aparecido al momento del rescate, lo cual fue un obstáculo en la ubicación y área del antiguo altar mayor, próximo al cual yacía enterrado el obispo, según fuentes documentales. Sin embargo, este personaje pudo ser reconocido con base en la descripción del féretro proporcionada por las fuentes históricas, y por tratarse también del único entierro en el área. En este sentido, en cuanto a reconocer un determinado personaje se tendría que conocer algún dato en particular acerca del individuo al momento de ser enterrado: vestimenta, tipo de féretro u otros detalles que permitan identificar el entierro. Una vez recuperados los restos, pruebas de ADN pueden ayudar a confirmar la identidad del personaje.

Por último, de contar con planos, la búsqueda de personajes históricos en los inmuebles actuales siempre sería un juego de imaginación y dimensiones entre las estructuras fantasmas anteriores dentro del espacio que ocupa la estructura presente. En el caso de la iglesia La Merced, por tratarse de una estructura edificada en los años de 1970, deja dudas en cuanto a la ubicación original del entierro del prócer Manuel José Arce y Fagoaga, quien, como se ha dicho, fue sepultado frente al altar mayor del desaparecido templo de 1847. Las dudas se deben a que cuatro construcciones prosiguieron al edificio en que el prócer fue enterrado.

Los tres casos aquí expuestos permiten analizar el posible contexto histórico en el subsuelo de las ciudades intensamente transformadas. Las ciudades experimentan procesos continuos de transformación de acuerdo con nuevas tecnologías, servicios públicos o privados, arquitecturas y demandas demográficas. La historia de las ciudades también se refleja en sus trazos urbanos. Con base en estas tres experiencias en la arqueología urbana salvadoreña, podría pensarse que muchos edificios en el Centro Histórico de San Salvador debieron alterar remanentes arquitectónicos y rasgos arqueológicos

de edificaciones previas. Esto pudo darse a consecuencia del advenimiento de la edificación vertical y la intensificación en el uso del concreto a mediados del siglo xx. Habrá casos en que los contextos arqueológicos de edificaciones anteriores en determinado edificio pudieron ser completamente removidos por la actividad de nivelación de suelos, terracería, o incluso por la edificación de criptas, parqueos o bodegas subterráneas, u otros motivos complementarios al edificio actual. De ser este el caso, la evidencia o confirmación de un antiguo establecimiento en determinado solar dependería de manera absoluta de las fuentes documentales.

#### *Evaluación general de artefactos recuperados en contextos históricos urbanos*

##### Cerámica

La cerámica es el material de mayor presencia en el subsuelo de inmuebles históricos en áreas urbanas en El Salvador, seguido por el vidrio. En cuanto a la cerámica encontrada tanto en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, como en el Centro Histórico de San Salvador y Centro Histórico de Santa Tecla, en esta ocasión se dividen en dos tipos: porcelana y alfarería.

Por lo general la porcelana recuperada es material de desecho, siendo muy raro encontrar algún espécimen completo, a excepción de una jarra proveniente del subsuelo del edificio del Coro Nacional, en San Salvador, en 2003 (figura 27). Los diseños y formas reconocidas en la porcelana recuperada en Nuestra Señora de la Asunción, en Ahuachapán, guardan mucha semejanza con materiales recuperados en el Centro Histórico de San Salvador y el Centro Histórico de Santa Tecla.<sup>86</sup>

<sup>86</sup> Se incluyen aquí las intervenciones realizadas en el Coro Nacional, Palacio Nacional y Teatro Nacional en San Salvador, así como en residencias históricas de San Tecla, colegio Tridentino, Penitenciaría, y otros. También puede compararse con materiales recuperados por otros investigadores en el edificio de la Poli-

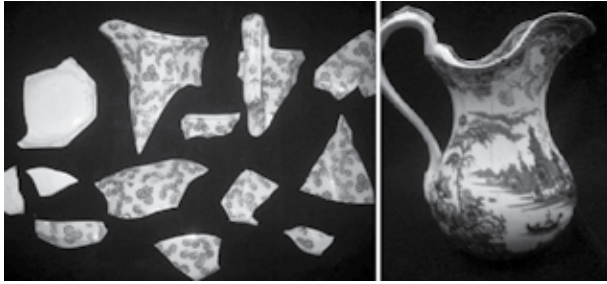


Figura 27. Porcelana recuperada en el Coro Nacional, San Salvador. Izquierda: restos de tetera fragmentada incompleta; derecha: jarra decorada completa. Fotografía de Fabricio Valdivieso.

Algunas imágenes en porcelana encontradas en estas tres ciudades reflejan escenas domésticas y escenarios campestres de una Europa victoriana. Mucha de la porcelana recuperada en contextos arqueológicos en El Salvador parecen corresponder con casas inglesas.<sup>87</sup> No obstante, en San Salvador<sup>88</sup> y Ahuachapán se tienen también especímenes de porcelana china, y otros que parecen imitar estilos orientales.<sup>89</sup> Mucho de este material recuperado, tanto en Nuestra Señora de la Asunción en Ahua-

—  
 cía Nacional Civil (Castillo de la Policía) en San Salvador, y templo Santiago Apóstol, en Chalchuapa, y solar del antiguo Palacio Municipal de San Salvador; véase Fabio Amador, “Reparación y remodelación del edificio central de la policía”, informe elaborado para Concultura, 2005; José Heriberto Erquicia, “Investigación arqueológica en Palacio Nacional”, informe elaborado para Concultura, 2001; Fabricio Valdivieso, “Rescates arqueológicos y recopilación de datos históricos de la parroquia Inmaculada Concepción y su contexto urbano en Nueva San Salvador, luego del terremoto del 13 de enero del 2001”, informe técnico, El Salvador, Concultura, 2002.

<sup>87</sup> Se sabe bien que, en el transcurso de su historia, las fábricas inglesas han sido numerosas, con sucesivas innovaciones en sus diseños y formas; por ello resulta sumamente difícil rastrear el origen de determinada vajilla; véase Ana Paulina Games Martínez, *op. cit.*, p. 29.

<sup>88</sup> En la Catedral Metropolitana de San Salvador, Blas Castellón Huerta (*op. cit.*, p. 288) atribuye esta porcelana al tipo Ming. En el solar ocupado por el antiguo Palacio Municipal, José Heriberto Erquicia (*op. cit.*, 2013, fig. 5) atribuye las características de esta porcelana al tipo Kang Shi, producida entre 1661 y 1722.

<sup>89</sup> Tal como lo hizo Inglaterra a finales del siglo XVIII; ya a finales del XIX algunos países americanos dieron también en fabricar porcelanas con motivos orientales. No obstante, las familias prominentes lograban adquirir vajillas venidas del otro lado del globo; véase Ana Paulina Gamez Martínez, *op. cit.*

chapán como en el solar ocupado por el antiguo palacio municipal, en el Centro Histórico de San Salvador,<sup>90</sup> presenta vajillas con decoración azul y blanco, y otras con motivos fitomorfos. También se ha logrado recuperar cerámica de transferencia, tanto en Ahuachapán como en Santa Tecla, y en el Centro Histórico de San Salvador.

En cuanto a la alfarería, tanto en Ahuachapán como en el Centro Histórico de Santa Tecla y San Salvador,<sup>91</sup> se recuperaron fragmentos vidriados color café y algunos decorados con bandas verdes o rojas. Asimismo, en los cascos históricos de las tres ciudades se ha logrado recuperar material de tradición indígena, incluyendo asas y bordes, los cuales sugieren ollas, comales y cuencos domésticos relacionados a épocas históricas, y algunas cerámicas que bien pueden datar del periodo Clásico tardío (600-900) y Posclásico (900-1521) encontradas particularmente en San Salvador.

## Botellas

En El Salvador no se cuenta aún con un método o una clasificación estandarizada de botellas. La clasificación aquí expuesta toma como modelo el sistema utilizado por Wilson.<sup>92</sup> Los vidrios recuperados en general corresponden a contextos de la fase Republicano-temprano, resultado de las construcciones o remodelaciones realizadas en inmuebles de la época y la actividad comercial e industrial dinamizada en la segunda mitad del siglo XIX en El Salvador. Las botellas en su mayoría se encuentran fragmentadas, utilizadas como parte del relleno que

<sup>90</sup> José Heriberto Erquicia Cruz, *op. cit.*

<sup>91</sup> Identificada por Blas Román Castellón Huerta, *op. cit.*, p. 288; José Heriberto Erquicia en el solar del antiguo Palacio Municipal (“Sondeo arqueológico...”, *op. cit.*, fig. 17), y por el autor en el Coro Nacional documentado en “Hallazgos arqueológicos en antiguo edificio del Coro Nacional en San Salvador”, informe inédito, El Salvador, Dirección de Arqueología, Secultura, 2003.

<sup>92</sup> Rex L. Wilson, *Bottles on the Western Frontier*, Tucson, The University of Arizona Press, 1981.

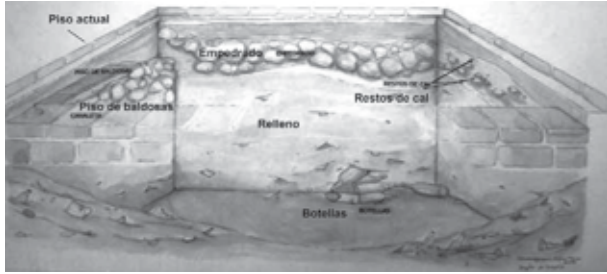


Figura 28. Reconstrucción hipotética de un basurero localizado bajo los cimientos del templo Santiago Apóstol. Se cree que este templo fue edificado entre 1681 y 1743, con remodelaciones durante el siglo xx (Claudia Ramírez, "Templo Santiago Apóstol, Informe de Excavaciones", en "Chalchuapa, Fuentes Arqueológicas", inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2007, p. 74). Dibujo de Claudia Alfaro.

da paso a la construcción de los inmuebles históricos. Las botellas completas por lo común proceden de basureros arqueológicos localizados bajo las construcciones actuales, como es el caso de Santiago Apóstol, en Chalchuapa (figura 28), y el colegio Tridentino, en Santa Tecla (figura 29).

Las botellas recuperadas en contextos de la fase Republicano-temprano en Nuestra Señora de la Asunción (Ahuachapán), Santiago Apóstol (Chalchuapa), Centro Histórico de San Salvador y Centro Histórico de Santa Tecla, sugieren en su mayoría corresponder a licores. Se tienen botellas de vidrio color verde y ámbar o negro. El color de una botella es importante puesto que éste ayuda a conservar el líquido contenido, como el vino. Por ello suponemos que la mayoría de estas botellas eran utilizadas para contener vino. Lo anterior se deduce no sólo por el color del envase, sino también por la concavidad en las bases, detalle importante porque mediante ésta el vino puede permanecer fijo en posición horizontal, permitiendo que el líquido humedezca el corcho, evitando la intrusión de oxígeno en su contenido.<sup>93</sup>

<sup>93</sup> Durante el siglo xvii dieron inicio las primeras botellas de vino elaboradas en gruesos cristales negros y de variadas formas. No es hasta el siglo xviii en que el mundo conoce las primeras botellas cilíndricas con características muy similares a las actuales, con variadas diferencias en sus acabados, siendo éste casi el único recipiente para su envasado; Ronald R. Switzer; *The Bertrand Bottles A study of 19th-Century Glass and Ceramic Contain-*

Los contextos Republicano-temprano de El Salvador también demuestran la existencia de botellas de gres importadas y utilizadas como contenedores de cerveza u otros líquidos. Muchas de estas botellas de gres son similares a los ejemplares producidos y distribuidos por Holanda e Inglaterra en el siglo xix.<sup>94</sup> Se tienen también botellas que corresponden con otros licores finos. Ya algunos viajeros del siglo xix y principios del xx, así como las referencias periodísticas de eventos suscitados en aquella época, dejan en claro que la bebida del pueblo era la chicha y el aguardiente, mientras que la gente de sociedad, no sólo en El Salvador sino en toda Latinoamérica, bebían ginebra, whisky, brandy, vino y champaña. No obstante, es posible que las botellas fuesen también reutilizadas para verter en las mismas otros líquidos no alcohólicos.

En excavaciones arqueológicas realizadas en Santa Tecla,<sup>95</sup> Chalchuapa<sup>96</sup> y San Salvador,<sup>97</sup> ha sido posible recuperar muestras de frascos de tónicos o medicinas y botellas para condimentos, incluyendo un espécimen de salsa inglesa del siglo xix (figura 30). El último proyecto arqueológico realizado en el solar ocupado por el antiguo Palacio Municipal en San Salvador logró recuperar una botella de "Agua Florida" (Murray y Lanman) y un frasco de "Crema de Miel" de la marca Hinds.<sup>98</sup> En el Centro Histórico de Santa Tecla y en Santiago Apóstol de Chalchuapa se recuperaron frascos miniaturas presuntamente

*ers*, Washington, National Park Service U.S., Department of the Interior, 1974; Carolina Ortiz Castro, "Botellas de vidrio como marcadores sociales y cronológicos, siglos xvii-xx, bases para un catálogo arqueológico de Colombia", tesis de maestría en Antropología, Colombia, Universidad de Los Andes, 2007.

<sup>94</sup> Véase catálogo proporcionado por Miyuki Takada, *Sitio arqueológico La Casa de Comercio Holandesa en Degima*, Japón, Comité de Educación de la Alcaldía Municipal de Nagasaki, 2002.

<sup>95</sup> Asistido por el autor en 2002 y 2003.

<sup>96</sup> Claudia Ramírez, "Templo Santiago Apóstol. Informe de excavaciones, en Chalchuapa. Fuentes arqueológicas", inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2007.

<sup>97</sup> José Heriberto Erquicia, *op. cit.*, 2013.

<sup>98</sup> *Ibidem*, figs. 21 y 22.



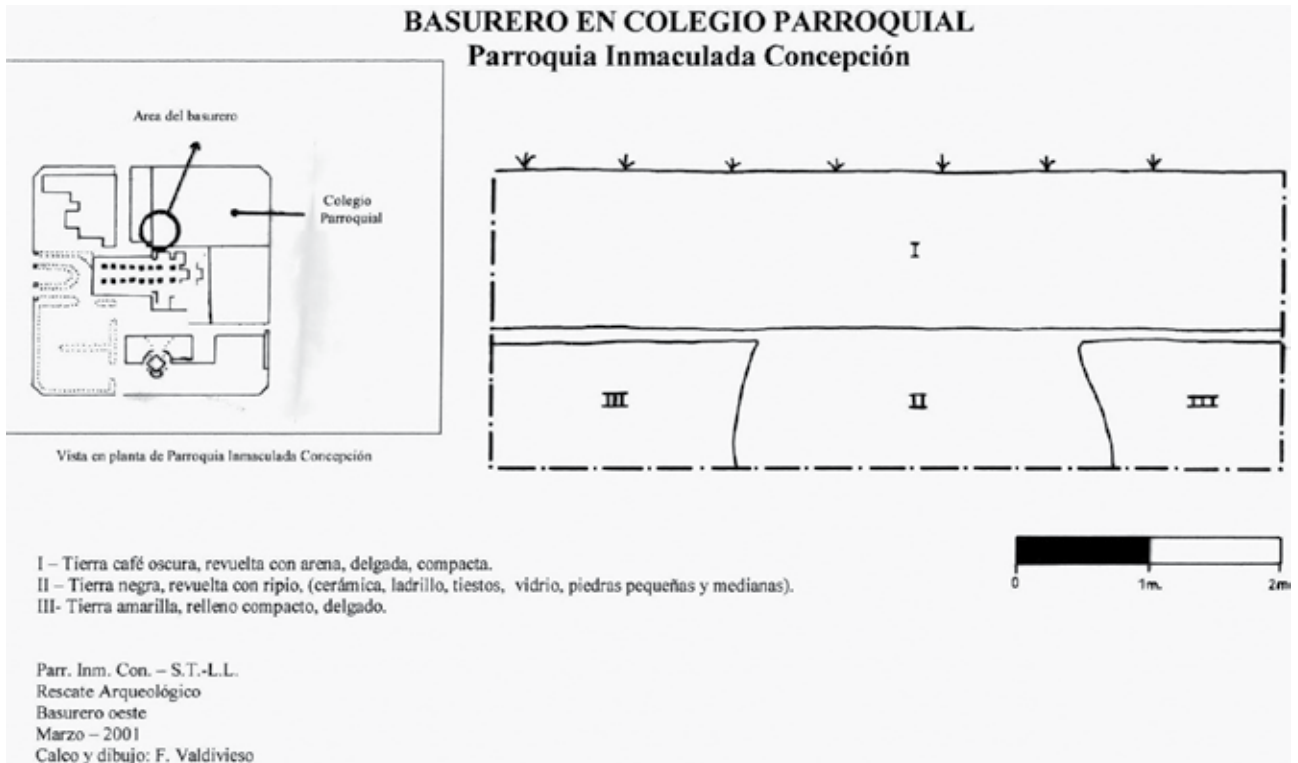


Figura 29. Basurero localizado en el colegio Tridentino, Santa Tecla. Dibujo de Fabricio Valdivieso.

utilizados como tinteros, mientras que en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, fue posible recuperar botellines miniatura posiblemente para medicamentos. Por los grabados en los frascos encontrados y por anuncios comerciales de antaño, sabemos que en aquella época se consumían medicamentos multipropósitos, los cuales servían para curar todo mal; por ejemplo, una misma solución para un dolor de cabeza, indigestión, gripe, fiebre, cólera y otros, al tiempo en que era reconstituyente para el organismo.

Las botellas encontradas en Ahuachapán y en Santa Tecla muestran boquillas y bases, así como fondos y cuerpos con intrusión de burbujas de aire. Las formas de estos recipientes son inconstantes, aparentemente elaboradas a mano. La constancia en la forma de una botella se empieza a ver a finales del siglo XIX, con la utilización de las primeras máquinas de envasado de vidrio en serie.

En El Salvador, durante el referido siglo XIX, la importación de botellas cerámicas y de vidrio sustituyó gradualmente a las tradicionales botellas y vasos de barro, recipientes de cuero, morros y otros contenedores naturales y artesanales para almacenar líquidos. Lo mismo sucede hoy día con los plásticos, los cuales sustituyen a los contenedores de vidrio.<sup>99</sup>

#### Comentarios

Los materiales recuperados en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, son comparables con

<sup>99</sup> Véase Gabriel Escribano Cobo y Alfredo Maderos Martín, *Distribución y cronología de las botijas en yacimientos arqueológicos subacuáticos de la península Ibérica, Baleares y Canarias*; disponible en [[https://www.academia.edu/1193835/Distribucion\\_y\\_cronologia\\_de\\_las\\_botijas\\_en\\_yacimientos\\_arqueologicos\\_subacuaticos\\_de\\_la\\_Peninsula\\_Iberica\\_Baleares\\_y\\_Canarias](https://www.academia.edu/1193835/Distribucion_y_cronologia_de_las_botijas_en_yacimientos_arqueologicos_subacuaticos_de_la_Peninsula_Iberica_Baleares_y_Canarias)], consultado el 29 de septiembre de 2014.



Figura 30. Botellas recuperadas del templo Santiago Apóstol, Chalchuapa. Arriba: envases para tónicos y tinteros; abajo: una botella de salsa Lea & Perrinsde, 1840. Fotografía y dibujo de Claudia Ramírez, Claudia Alfaro y Cynthia Castaneda. Cortesía del Departamento de Arqueología, Secultura, El Salvador.

otros materiales y contextos observados en inmuebles edificados a finales del siglo XIX y principios del XX. Entre estos edificios se incluyen el Coro Nacional de San Salvador,<sup>100</sup> Colegio Tridentino y residencias en la ciudad de Santa Tecla,<sup>101</sup> edificio de la antigua penitenciaría en Santa Tecla,<sup>102</sup> iglesia Santiago Apóstol en Chalchuapa,<sup>103</sup> edificio central de la Policía Nacional Civil en San Salvador,<sup>104</sup> Palacio Nacional en San Salvador,<sup>105</sup> Teatro Nacional en San Salvador,<sup>106</sup> Plaza de los Relojeros (antiguo Palacio Municipal) en San Salvador,<sup>107</sup> ex

<sup>100</sup> Asistido por el autor en 2003.

<sup>101</sup> Asistidos por el autor en 2002 y 2003.

<sup>102</sup> José Heriberto Erquicia, "Informe de sondeos arqueológicos llevados a cabo en el antiguo edificio de la penitenciaría de Nueva San Salvador, actual Museo de la Ciudad", inédito, Concultura, Departamento de Arqueología, 2006. Proyecto asistido por el autor.

<sup>103</sup> Véase Claudia Ramírez, *op. cit.*, pp. 67-105; asistido por el autor en 1997 y 1999.

<sup>104</sup> Fabio E. Amador, "Proyecto arqueológico Reparación y Remodelación del edificio Central de la Policía Nacional Civil", informe inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2005. Proyecto asistido por el autor.

<sup>105</sup> José Heriberto Erquicia, "Investigación arqueológica en Palacio Nacional"... , *op. cit.* Proyecto asistido por el autor.

<sup>106</sup> Asistido por el autor en 2003.

<sup>107</sup> José Heriberto Erquicia, "Sondeo arqueológico..." , *op. cit.*

cine Libertad (antigua Casa Blanca o despacho presidencial) en San Salvador,<sup>108</sup> basílica El Pilar en San Vicente,<sup>109</sup> templo Nuestra Señora de la Paz en Tamanique,<sup>110</sup> templo San Antonio del Monte en Sonsonate,<sup>111</sup> iglesia San Pedro Nonualco en La Paz,<sup>112</sup> e iglesia parroquial San Miguel Arcángel en Ilobasco.<sup>113</sup>

Como resultado, las iglesias suelen contener un estrato de enterramientos, cuyos contextos pueden variar entre épocas, ya sean coloniales, Republicano-federal y Republicano-temprano. Este estrato puede entenderse como "capa de enterramientos" relacionada con la zona en que yacen cuerpos sepultados en las iglesias históricas, y por lo general es el estrato más profundo en el perfil estratigráfico de un edificio histórico. Esta capa conteniendo entierros es seguida por capas utilizadas para la compactación o nivelación de suelos que dieron lugar a las últimas fases de edificación de los inmuebles históricos en El Salvador. Esta última capa se denomina "capa de relleno", la cual puede arrojar dos grupos genéricos básicos de artefactos en el contexto arqueológico republicano: ya sea material de la fase Republicano-moderno o Republicano-temprano. Mediante estas capas y su material contenido se hace factible la identificación de la fase constructiva

<sup>108</sup> Roberto Gallardo, "Informe preliminar sobre excavaciones arqueológicas en el ex cine Libertad, San Salvador, El Salvador", informe inédito, Departamento de Arqueología, Secultura, 2013.

<sup>109</sup> Fabio E. Amador, "Estudio arqueológico El Pilar", inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2003. Proyecto asistido por el autor.

<sup>110</sup> José Heriberto Erquicia, "Supervisión de calas del estudio de rehabilitación estructural y diagnóstico arquitectónico del templo Nuestra Señora de la Paz en Tamanique, L.L.", inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2004.

<sup>111</sup> Claudia Ramírez, "Proyecto Reconstrucción del templo San Antonio del Monte, supervisión de calas de estudio y propuesta estructural-arquitectónica", inédito, Departamento de Arqueología, Concultura, 2003.

<sup>112</sup> Marta González de Arenas, "Iglesia San Pedro Nonualco", informe de excavaciones de sondeo, Departamento de Arqueología, Concultura, 2005.

<sup>113</sup> Asistido por el autor en 2005.

---

de determinado inmueble o el contexto de ciertos rasgos arqueológicos. La capa de relleno contenido en inmuebles de la fase Republicano-moderno con frecuencia contiene vidrios, plásticos, canicas, papel aluminio, restos de llantas, restos de juguetes, propagandas publicitarias, sistemas de cañerías o cables y alambres, tapones, fibra de vidrio y metales, entre otros, en su mayoría de manufactura industrial, los cuales mezclan artículos domésticos, misceláneos constructivos y objetos de comercio en general. En ocasiones pueden también ser alterados por otros rasgos resultantes de la actividad humana en determinado momento, como lo es el hallazgo de armas en Nuestra Señora de la Asunción, o tumbas modernas, o incluso alteración provocada por tuberías, drenajes, calles u otras modificaciones constructivas.

Por su lado, la capa de relleno conteniendo material cultural encontrada en edificios del periodo Republicano-temprano corresponde con las últimas seis décadas del referido periodo, es decir, a partir de 1870.<sup>114</sup> Es en este contexto en donde parece iniciarse la costumbre de mezclar ripios en los suelos de compactación. En estos ripios más antiguos se incluyen fragmentos de desecho doméstico como botellas, porcelanas, metales y hasta huesos de animales comestibles. Aunque el material doméstico es el más común en la capa de relleno del periodo Republicano-temprano, en ocasiones a este grupo de objetos pueden agregarse fragmentos metálicos (monedas, clavos, hierros no identificables, restos de candelabros y herraduras o antiguas latas de alimento, entre otros). En una ocasión se logró recuperar los restos de una cajetilla de cigarrillos curiosamente conservada y encontrada bajo el suelo de relleno en el Palacio Nacional, en el centro de San Salvador, construido en 1911.

<sup>114</sup> Nótese que la capa de nivelación reconocida en el templo Inmaculada Concepción de Santa Tecla, edificado en 1854, no expone material ripio, como cerámica, porcelana y metales.

Los fragmentos de botellas finas de licor y otras bebidas, pociones o incluso materiales para usos cosméticos, como lociones, en general se encuentran asociados a los mismos contextos en que yace la porcelana fina, en el periodo Republicano-temprano. Estos contextos por lo común se encuentran en los centros históricos donde habitaba la clase pudiente, el clero y las administraciones de gobierno. De hecho, el vidrio y la porcelana por lo general están ausentes en contextos históricos fuera de las áreas urbanas y sectores periféricos a los cascos históricos.

No obstante, tanto en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, como en la zona de residencias en el Centro Histórico de Santa Tecla, en el edificio del Coro Nacional<sup>115</sup> y en solar del antiguo Palacio Municipal en San Salvador, también se recuperaron fragmentos de alfarería y líticos de tradición indígena o manufactura local, lo que permite sugerir el uso de implementos variados en las cocinas y mesas de la época. Lo anterior hace pensar que las familias pudientes incluían platillos o recetas locales en sus dietas, las cuales también demandaban el uso de piedras de moler para procesar los alimentos. No obstante, también es seguro que algunos de dichos utensilios de tradición indígena y manufactura local fueron utilizados por la servidumbre u otros empleados en aquellos hogares. Es bien sabido que las costumbres culturales de ambos sectores sociales, es decir la clase pudiente y las clases populares e indígenas, han coexistido desde tiempos tempranos en la Colonia y extendidas hasta la República, lo cual es demostrado por las referencias documentales y, en este caso, por las fuentes arqueológicas. Por ejemplo, Castellón Huerta<sup>116</sup> identifica fragmentos de tradición indígena, incluyendo

<sup>115</sup> Asistido por el autor y documentado en "Hallazgos arqueológicos en antiguo edificio del Coro Nacional en San Salvador", informe inédito, Unidad de Arqueología, Concultura, 2003.

<sup>116</sup> Blas Román Castellón Huerta, *op. cit.*, p. 288.

platos y ollas monocromos color café o gris, los cuales le es difícil datar, localizados en el subsuelo de la actual Catedral Metropolitana de San Salvador, mismo espacio donde funcionó el convento de los dominicos durante la Colonia. Amaroli, en Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, excavado en 1985, también observó la presencia de cerámica de tradición indígena, la cual ubica en el periodo protohistórico (1200-1700).<sup>117</sup> En esta última iglesia, el autor también recuperó cerámica de tradición indígena, que fue encontrada mezclada con la porcelana y otros artefactos en la capa de relleno del siglo XIX. En las recientes intervenciones realizadas en el solar ocupado por el antiguo Palacio Municipal de San Salvador, dirigidas por Erquicia en 2013, además de registrar restos de edificaciones coloniales, como las del antiguo cabildo (edificado en 1790), y materiales que incluyen mayólica del tipo policromo Panamá tipo A (1600-1650), policromos aucilla (1650-1700) y mayólicas Guatemala (1580-siglo XX), se tiene también material de tradición indígena que se cree es Posclásico tardío (1200-1525),<sup>118</sup> o bien de la Colonia temprana.

La cronología cerámica en el periodo de transición del Posclásico a la Colonia representa un problema para los arqueólogos mesoamericanos.<sup>119</sup> Incluso se sabe de focos de resistencia indígena en cuanto a abandonar sus creencias y costumbres en Centroamérica y México.<sup>120</sup> De este modo, algunas tradiciones cerámicas debieron continuar vigentes en áreas donde la Colonia no tuvo mayor impacto. La

<sup>117</sup> Paul Amaroli (*Una investigación arqueológica en la iglesia colonial...*, *op. cit.*, p. 8) advierte que esta cerámica “[...] bien puede ser de la misma edad, o más antiguo que la construcción en sí.”

<sup>118</sup> José Heriberto Erquicia, “Sondeo arqueológico...”, *op. cit.*, fig. 17.

<sup>119</sup> Véase Jeb J. Card, “The Ceramics of Colonial Ciudad Vieja, El Salvador: Culture Contact and Social Change in Mesoamerica”, tesis doctoral, Nueva Orleans, Louisiana, Universidad de Tulane, 2007.

<sup>120</sup> Véase Joel W. Palka, “Historical Archaeology of Indigenous Culture Change in Mesoamerica”, en *Journal of Archaeological Research*, núm. 17, 2009, pp. 297-349.

vida en las áreas urbanas gira a ritmos distintos a las áreas rurales, permitiendo que la sociedad citadina transforme sus costumbres de manera más acelerada, mientras en el campo las tradiciones logran en gran medida conservarse, al menos hasta la República-moderna. Lo anterior es debido en gran parte al dinamismo causado por el comercio y conglomeración social, y la influencia de los gobiernos e instituciones existentes en las áreas urbanas, como la iglesia, las escuelas, el transporte y la tecnología en la comunicación a distancia. De este modo, el material con identidad indígena, o híbrido, producido en las áreas rurales es llevado a los mercados en las ciudades, las cuales formarían parte de los utensilios utilizados sobre todo por la servidumbre y las clases populares. En el contexto arqueológico urbano, este material en desecho se mezcla con las vajillas y otros utensilios utilizados por la clase pudiente y otros ciudadanos. Por último, esta mezcla es añadida como ripio para los rellenos constructivos de las edificaciones suscitadas en las últimas décadas del periodo Republicano-temprano y al principio del periodo Republicano-moderno, como se ha dicho.

La misma dinámica comercial tenida a partir de la segunda mitad del siglo XIX denota el incremento de productos extranjeros en los contextos arqueológicos. En ese mismo siglo, la industria cerámica tuvo un desarrollo considerable debido en gran parte a la demanda comercial de productos alimenticios a consecuencia de las revoluciones agrícola e industrial alrededor del mundo. Lo anterior permitió que la técnica de la elaboración de este material se acelerara, utilizando métodos más baratos para su manufactura. Para principios del siglo XX, la demanda y la técnica de elaboración dio paso a que la porcelana fuera adquirida por la población en general, a lo que antes fue exclusivo de la alta sociedad.<sup>121</sup> Lo mismo ocurre con los vidrios, cuya

<sup>121</sup> Olivia Barclay Jones, *op. cit.*, p. 14.

---

manufactura también empieza a darse en la localidad. En síntesis, este incremento de la industria y el comercio es determinante para la distinción entre las fases tempranas y modernas dentro del periodo Republicano, observable en los rellenos constructivos de estos inmuebles.

### **Discusión. Heterotopías y el entendimiento de los espacios**

Los lugares varían de acuerdo con el uso del espacio; por consiguiente, no existe un concepto universal para un lugar. En la arqueología practicada en espacios altamente transformados, la interpretación del contexto puede variar de acuerdo con la mentalidad de cada época. Estudiar un espacio históricamente transformado es como estudiar varios sitios arqueológicos en un mismo contexto. Esto sucede con los materiales encontrados de diferentes épocas en un mismo relleno, así como cimientos de edificios de diferentes periodos combinados entre sí a un mismo nivel de excavación. Lo anterior implica un verdadero reto para la interpretación de un pasado con diferentes épocas permisible en un mismo plano. En 1967 Foucault<sup>122</sup> se refirió al uso del término “heterotopías” como parte de un fenómeno aplicable para el mundo moderno. Para Foucault, los lugares son heterogéneos, en donde los espacios son compartidos, lo cual hace que no exista un sitio real. En otras palabras, estos sitios son creados de acuerdo con la cultura y la sociedad existentes. De este modo, el concepto del sitio varía en el tiempo.

Pueden verse las heterotopías en lugares que han sido utilizados durante siglos y luego abandonados. Algunos lugares son reocupados de nuevo por sociedades distintas y acondicionados con nuevos elementos culturales cargados de religión

<sup>122</sup> Michel Foucault, “Of Other Spaces”, en *Diacritics*, núm. 16, 1986, pp. 22-27.

y política. La idea o pensamiento colonial y la idea o pensamiento ciudadano en las ciudades republicanas en su fase federal, luego temprana y luego moderna, parecen diferir, aunque la ciudad parezca tener la misma traza del siglo xvi. La política y la economía de cada época permitirá la construcción del entorno físico de la ciudad y el uso de los espacios. De este modo, la ciudad puede ser entendida de acuerdo con estos factores, incluyendo el temor general a los eventos naturales. De este temor se desprende la adopción de nuevos sistemas constructivos y arquitecturas adaptadas a los edificios históricos. De la sociedad moderna y sus demandas se desprende la instalación de sistemas de aire acondicionado, electricidad, agua e internet en edificios del siglo xix, así como la tecnología para la vía pública dentro de la antigua urbe. Serán estos dos mundo culturales en un mismo contexto, o una misma ciudad adaptada a diferentes tiempos.

En estos espacios pueden fundirse varias culturas y periodos, en donde se ven reflejados muchos lugares en un mismo espacio. De este modo, nos preguntamos ¿cuál es el patrimonio que vale para la cultura existente y la política imperante? Muchas veces se da lugar a la segregación o la exclusión del pasado de otras culturas o de ciertos sectores sociales. Se viene a cita el caso de la ciudad de México sobre la antigua Tenochtitlán, la capital azteca, la cual durante la Colonia permaneció oculta tras las edificaciones coloniales. Estas últimas representaban el patrimonio del colonizador, hasta entrada la era de la República, y el advenimiento de excavaciones arqueológicas, la cual incorpora el pasado dentro de la ciudad moderna y lo integra a una sociedad multiétnica. En El Salvador, los cascos urbanos en las ciudades históricas de la nación generalmente han sido utilizados por múltiples sectores sociales. En los centros históricos, la elite social y las institucio-

nes públicas importantes han encontrado asiento, pero también las clases populares han hecho de estos espacios el escenario perfecto para la expansión del mercado y la confrontación social.

Podríamos imaginar el uso de los espacios en diferentes épocas y comprender los cambios históricos tenidos en cada urbe. Foucault señala que dentro de las heterotopías, el tiempo, la ilusión, la construcción social y sus normas, la moda, la cultura y las tendencias juegan un rol importante en la creación de espacios o sitios. Esto se percibe también en las grandes ciudades con pasado arqueológico, tales como México, Beijing, Roma, Estambul; todas tienen espacios reutilizados en muchas formas, y aunque la ciudad es antigua, la misma ciudad es nueva. Las ciudades más antiguas de El Salvador, como San Salvador, Ahuachapán, Sonsonate, Santa Ana, Santa Tecla, Suchitoto, San Miguel y otras, pueden ser vistas dentro de las heterotopías descritas por Foucault. De este modo, son varias ciudades en un mismo lugar, una reconstruida sobre la otra. La ciudad histórica es en sí un sitio arqueológico que merece ser visto como un escenario de transformación social y cultural en el tiempo.

Por último, valdría la pena analizar el pensamiento atrás del diseño y uso de los espacios en cada momento histórico, tal como lo han hecho otros expertos en la arqueología histórica.<sup>123</sup> Para El Salvador, la pequeña aldea prehispánica de

<sup>123</sup> Véase James Deetz y Richard L. Bushman, "A Cognitive Historical Model for American Material Culture.1620-1835", en *Bulletin of the American School of Oriental Research*, Supplementaries Studies 20, *Reconstructing Complex Societies: an Archaeological Colloquium*, 1974, pp. 21-27. Con base en estudios realizados en Plimouth, un sitio colonial en Massachusetts, y basado también en el trabajo de Henry Glassie (1969), Deetz propone el estudio del comportamiento humano y el estudio de aspectos intangibles de la cultura a través de la evaluación de artefactos y contextos. Según Deetz, es posible trazar un mapa cognitivo utilizando la información arqueológica; este mapa puede entenderse al observar la manera en que la cerámica y otros artefactos han sido utilizados en diferentes lugares.

Joya de Cerén puede tenerse como ejemplo en una arquitectura y un uso de espacios construido con base en una filosofía de mundo muy ajena a los conceptos modernos de desarrollo y bienestar. Reflexionar sobre filosofía de mundo con base en las estructuras habitacionales y públicas de Joya de Cerén puede ser una de las más importantes claves de este sitio que en ocasiones nos remite a considerar nuestra situación humana actual. Esta filosofía se percibe tras la existencia del modo constructivo y la distribución de espacios en cuatro simples paredes edificadas de bahareque, una banca para dormir y un acceso. Es un modelo de vida que pertenece a los exteriores y no al interior de una construcción. Es decir, la vida no se condiciona al espacio cerrado, como nuestras casas modernas, en donde se tiene una habitación para cada miembro de la familia, una sala y una cocina por casa. En la vivienda nativa, la habitación es vista como un espacio reducido, en donde el hogar es afuera.<sup>124</sup> En ocasiones parece que esta forma de vida se integra con el ambiente y ofrece una armonía social mejor que las de muchas comunidades actuales, en donde la propiedad, el consumo desmedido y la explotación del medio corrompen esta armonía. Para algunos, el desarrollo urbano moderno con plantilla occidental puede ser entendido como un equilibrio perdido. Sin embargo, mucha arquitectura actual vanguardista parece tender hacia este concepto integrado con el medio, como debió ser entendido por muchos constructores prehispánicos. La interpretación de los espacios en cada momento histórico depende del entendimiento de la filosofía de mundo de cada sociedad y condicionada por su situación social, política y económica en la línea del tiempo.

<sup>124</sup> Véase también Rafael Cobos y Payson D. Sheets, *San Andrés y Joya de Cerén*, El Salvador, Bancasa, 1997. Y en Cinthia Robin, *op. cit.*

---

## Conclusión

Las excavaciones y rescates arqueológicos realizados en áreas urbanas en El Salvador logran identificar un rasgo arqueológico general en la mayoría de casos. Se trata de una capa básica reconocida como “capa de relleno”. Esta capa corresponde a un suelo artificial utilizado para nivelar superficies y preparado como base para erigir una nueva estructura. A estos rellenos arqueológicos se les agrega ripio conteniendo material de desecho. El color de estos rellenos puede presentarse cafésoso o blanquecino. A veces incluye niveles delgados de arena, pómez, piedrines o grava, los cuales son utilizados como aislante constructivo. La capa de relleno es generalmente colocada sobre la capa de entierros en los contextos religiosos, o sobre estratos naturales compuestos en edificaciones públicas. Incluso sobre otros contextos culturales, ya sean prehispánicos, coloniales o de las primeras décadas de la República. A veces el relleno se tiene sobre estratos conteniendo carbón y residuos de quema, posiblemente relacionado a incidentes ocurridos en edificios anteriores. O incluso sobre otras estructuras, como muros, empedrados, pisos de baldosas, ladrillos, rocas, cimientos de columnas y otros, los que pueden resultar como terceras capas genéricas, las cuales incluyen arquitecturas y otros rasgos.

El relleno es una técnica constructiva percibida a partir de las últimas seis décadas de la fase Republicano-temprano y es extendida hasta la fase Republicano-moderno. Los materiales de desecho varían en cada capa de relleno de acuerdo con la época de construcción del inmueble. En las edificaciones construidas en la fase Republicano-temprano se tienen desechos por lo común domésticos, a veces tejas y ladrillos, mientras que en la capa de relleno de la fase Republicano-moderno se empiezan a incluir otros productos más industrializados y comerciales, y materiales no necesariamente domés-

ticos, acercándonos más a los contextos actuales. En ocasiones pueden encontrarse dos o más rellenos distintos en el subsuelo de un mismo edificio con diferentes episodios constructivos durante la fase Republicano-temprano y Republicano-moderno.

Si bien los rellenos son los rasgos que arrojan mayor material cultural del periodo republicano, los basureros también son comunes en el subsuelo de inmuebles históricos de El Salvador, y éstos suelen arrojar el mayor número de materiales, y en raras ocasiones se tendrán piezas completas. Un importante basurero es reportado en el solar ocupado por el antiguo Palacio Municipal de San Salvador, el cual arroja abundante material de los siglos XIX y XX, entre los que se tienen mayólicas, porcelanas, alfarerías y vidrios.<sup>125</sup>

En los contextos religiosos se reconoce una capa particular, denominada “capa de enterramientos”, y suele encontrarse en los estratos más profundos, y bajo la capa de relleno. Esta capa con entierros parece corresponder con épocas coloniales, periodo de la República-federal, y las primeras décadas del periodo Republicano-temprano.

Por el momento, en El Salvador la intervención arqueológica ha permitido un acercamiento preliminar hacia la industria y comercio de la época, lo que también permite conocer el remplazo y aceptación de nuevos productos y prácticas sociales. La porcelana tendría incluso un valor simbólico en los hogares de las familias pudientes, así como las botellas conteniendo licores importados como muestra de poder adquisitivo y mensaje social. Pero este valor simbólico puede incluso trascender el estatus social y adoptar planos distintos, encaminados hacia una liberación cultural o trascender hacia el tributo entre lo terrenal y lo espiritual. Un ejemplo lo es el valor simbólico de la botella encontrada a un costado del féretro del obispo Saldaña en Inma-

<sup>125</sup> José Heriberto Erquicia, “Sondeo arqueológico...”, *op. cit.*

culada Concepción, en Santa Tecla, expuesto en el presente artículo, y la suntuosidad de algunos enterramientos percibidos en otras iglesias.

Por su lado, el valor simbólico de la porcelana, vidrios y otros objetos encontrados en el contexto Republicano-moderno recibe una connotación diferente al de la fase Republicano-temprano. Esto se debe a que estos objetos son ya producidos de manera industrial y comercializados en la localidad, lo cual permite que se encuentren al alcance de todos, corrompiendo el significado del producto como estatus social y signo de poder adquisitivo.

En los últimos años de la fase Republicano-temprano acontecen nuevos episodios sísmicos y se adoptan nuevas arquitecturas. Estos eventos son detonantes en la aceptación de una nueva época en la vida social ciudadana. La hecatombe es una oportunidad para cambios, irrumpiendo la tradición constructiva, y dejar el pasado atrás, abriéndose hacia una nueva realidad perceptible en la arquitectura y el uso de los espacios. La fase Republicano-temprano, cabe recordar, es un episodio donde la ideología liberal se consolida ya a finales del siglo XIX. El poder político influye sobre este dominio del pasado, y su interés por dejar atrás la huella de la ideología conservadora es evidente al adoptar en la urbe un nuevo paisaje político. Lo hizo también el gobierno de la Centroamérica federal con la abolición del viejo estigma colonial en la nueva República independiente. Y antes también lo hicieron los gobiernos coloniales al extinguir los antiguos gobiernos indígenas y construir sobre sus ciudades.

Luego de los siniestros naturales, la reconstrucción ofrece una ventaja para exponer en el ambiente el poder económico y político de la nación naciente. En la segunda mitad del siglo XIX, esta oportunidad se ve en paralelo al triunfo liberal luego de una extensa confrontación política iniciada durante la República-federal. La sociedad liberal no soslayó el poder e impacto social tenido por las edificaciones

monumentales y la construcción de un paisaje urbano en el ego de la sociedad, mismo escenario que se sabe deja semblanza de una economía próspera que apunta hacia un nuevo régimen de gobierno. Se crean plazas, bustos y estatuas públicas, monumentos y nuevos nombres de calles y avenidas, entre otros, los cuales son utilizados para exaltar la gloria de personajes ilustres y próceres alineados con la ideología de turno, y dejar semblanza de ese pasado histórico en el ambiente. Se edifica así una atmósfera en la cual despunta la historia oficializada por las autoridades gobernantes, con sus héroes, mártires y hazañas. De este modo, la construcción de lugares tendrán un potente efecto en la imaginación del público, y son aceptados tal cual, engrandeciendo el ego patriótico y creando una identidad nacional.

En el contexto religioso, el olvido o desinterés por construir sobre zonas ocupadas por entierros anteriores, tal se percibe en la mayoría de iglesias republicanas de El Salvador, es parte de esa dinámica de la cultura por dejar el pasado en el pasado. La construcción o extensión de templos republicanos sobre entierros coloniales es una clausura a una época dominada por las colonias. Así, el fenómeno se repite con el advenimiento de nuevas construcciones sobre entierros suscitados en los primeros años del periodo Republicano-temprano, en donde el poder eclesiástico ejercía mayor influencia en los gobiernos conservadores de Centroamérica. Los entierros son clausurados y muchos de éstos olvidados con la nueva edificación de inmuebles tras el triunfo liberal ya en las últimas décadas de la fase Republicano-temprano. Las nuevas edificaciones dejarían bajo sus cimientos cementerios con individuos sin nombre ni fecha, y en áreas en donde el peatón actual ignora la presencia de tumbas dentro de la ciudad moderna. La destrucción del patrimonio, como los cementerios de ciertas épocas y monumentos, facilita que el pasado no deseado sea relegado al olvido. Las heterotopías son percibidas en estos contextos



de liberación de la cultura y el remplazo sistemático de la ideología política en un proceso histórico.

En el periodo Republicano-moderno, la nueva arquitectura se verá en línea con las tecnologías, industrias y modas en el mundo. En esta fase, la arquitectura a base de cemento ejerce un control absoluto en el ambiente urbano. No obstante, los diseños arquitectónicos también son definidos por la pugna e inestabilidad social y la política, el cual puede verse reflejada en la arquitectura de ciertos edificios y residencias. Por ejemplo, las construcciones militares de defensa, las garitas en algunas casas de personalidades importantes en épocas de conflicto, la vivienda urbana a base de muros de defensa, rejas y portones cerrados, y las modificaciones dadas a ciertos inmuebles considerados históricos, como la ex Casa Presidencial, en el barrio San Jacinto, en San Salvador, son sólo algunos ejemplos. En este caso, la iglesia Nuestra Señora de la Asunción, de Ahuachapán, parece presentar la arquitectura surgida en una época, como lo es el hallazgo de una recámara y las armas y municiones encontradas en un contexto paralelo.

Finalmente, las experiencias expuestas en el presente artículo plantean algunos de los problemas de investigación más comunes en la arqueología histórica en áreas urbanas en El Salvador. Entre dichos problemas destacan el limitado presupuesto y el poco personal profesional especializado en cuanto al tema de la arqueología republicana. Sin embargo, en El Salvador poco sabemos de los efectos de la conquista, colonización y la adaptación y transformación de la sociedad bajo el régimen republicano. Los estudios aplicados en áreas urbanas en El Salvador aún se perciben desarticulados unos con otros, cada uno enfocado en el estudio de determinado sitio en particular. A su vez, aunque ya se cuenta con un número considerable de reportes y estudios arqueológicos en inmuebles históricos en El Salvador, poco ha sido publicado, limitando el debate crítico en cuanto a la práctica de

la arqueología histórica con énfasis en la República y la formulación de un marco teórico consensuado para analizar metodologías aplicadas en este campo, tipologías de artefactos, evaluación global de contextos y rasgos, y esclarecimiento en la distribución de materiales en espacio y tiempo, vinculados también al contexto centroamericano con el cual se tiene una historia republicana en común. De hecho, la arqueología histórica en Centroamérica se ha visto concentrada más que todo en asuntos que conciernen a la cultura europea y mestiza, aunque muchos investigadores en las últimas décadas han mostrado mayor interés por conocer el desarrollo social y cultural de las comunidades indígenas en la periferia de las áreas urbanas y las zonas rurales.<sup>126</sup>

No obstante, en este país la arqueología practicada en contextos republicanos ha dado pasos importantes en cuanto al reconocimiento de contextos y artefactos. En general, los temas más frecuentados en la arqueología histórica salvadoreña incluyen asuntos relacionados con la Colonia,<sup>127</sup> los ingenios de hierro,<sup>128</sup> los obrajes de añil,<sup>129</sup> arqueología subacuática enfocada en pecios de los siglos XIX y XX,<sup>130</sup> salinas<sup>131</sup> e iglesias. Se tiene también un importante

<sup>126</sup> Joel W. Palka, *op. cit.*

<sup>127</sup> William R. Fowler Jr., *Proyecto arqueológico Ciudad Vieja*, San Salvador, Concultura, 2003; José Heriberto Erquicia, "Panorama de las investigaciones arqueológicas históricas en Ciudad Vieja, la antigua villa de San Salvador: 1996-2006", Segundo Encuentro de Historia, Universidad de El Salvador, 2007.

<sup>128</sup> Con relación a los ingenios de hierro en El Salvador, sugiero consultar el trabajo realizado por José Heriberto Erquicia, *El hierro de la tierra del Reino de Guatemala*, "Los ingenios de hierro en El Salvador, un acercamiento desde la arqueología histórica", en *La Universidad*, núms. 14-15, 2011, pp. 283-304.

<sup>129</sup> José Heriberto Erquicia, "Proyecto de registro y reconocimiento de sitios arqueológicos históricos de El Salvador. Azul índigo: Los obrajes coloniales de añil, San Vicente y La Paz. Fase III", en *Recopilación de Investigaciones 2011*, vol. 3, 2012.

<sup>130</sup> Marlon Escamilla, *Arqueología subacuática de El Salvador: Explorando el patrimonio cultural sumergido*, San Salvador, Papeles de Arqueología. Fundación CLIC: Arte y Nuevas Tecnologías, 2008.

<sup>131</sup> Anthony P. Andrews, "Las salinas de El Salvador: bosquejo histórico, etnográfico y arqueológico", en *Mesoamérica*, núm. 21, Antigua Guatemala, CIRMA, 1991, pp. 71-93.

---

inventario de inmuebles históricos, organizado y dirigido por instituciones de gobierno y financiado en su momento por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).<sup>132</sup> Recientemente se suma

el estudio de las molindas y otras industrias.<sup>133</sup> Así se irán sentando las bases para la formulación de un marco teórico sólido que permita evaluar la historia republicana a través de la arqueología.



<sup>132</sup> Este inventario se encuentra en la Dirección de Registro de Bienes Culturales (DRBC), Secultura, El Salvador.

<sup>133</sup> Fabricio Valdivieso, "Estudio complementario de investigación arqueológica del área a ser afectada por el futuro embalse del proyecto hidroeléctrico 'El Chaparral'", San Salvador, CEL-Concultura, manuscrito en el Departamento de Arqueología, Secultura, 2009; José Vicente Genovés, "Proyecto El Cimarrón, Santa Ana-Chalatenango, El Salvador. Prospección arqueológica de superficie", informe final de actividades presentado a Concultura, El Salvador, 2006.